

ASPECTOS FORMALES DE LA SIGILLATA HISPANICA

por

M.^a VICTORIA ROMERO CARNICERO

Un aspecto importante dentro de la producción hispánica de sigillata es, sin lugar a dudas, el formal, que, junto al decorativo y el relativo a las marcas o firmas de ceramista, configura el carácter de esa industria y proporciona a la misma un sello peculiar o una personalidad propia.

Punto común de referencia, en este sentido, ha sido, desde que se comenzara a profundizar en el análisis de la sigillata hispánica, el remitir sus primeros tipos formales a una influencia de la producción sudgálica y, en su defecto, el argüir ocasionalmente paralelos o posibles modelos de los alfares del Centro o Este de la Galia y, en especial, de Lezoux. Detrás de este influjo galo, sobre todo sudgálico, subsistía desde luego un trasfondo itálico, pero más bien como un eco lejano y pasivo que como un factor inmediato a la hora de determinar la configuración tipológica de los productos hispánicos. Por otro lado y junto a esas formas peninsulares potenciadas en mayor o menor grado por elementos de otras industrias, quedaban además no pocos perfiles para los que se desconocía un precedente o modelo en otras producciones de sigillata y que, en virtud de ello, podían ser reconocidos como desarrollos o creaciones propiamente hispánicos¹.

Este esquema básico, elaborado fundamentalmente por Mezquíríz², ha permanecido casi inalterable hasta hoy, pero el mejor y más amplio conocimiento tanto de la industria hispánica como de otras producciones de sigillata

¹ Los aspectos a que acabamos de hacer referencia pueden verse expuestos básicamente en: MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *La excavación estratigráfica de Pompaelo. I. Campaña de 1956*, Pamplona, 1958, p. 239, 245 y 253; ATRIÁN JORDÁN, P., «Estudio sobre un alfar de terra sigillata hispánica», *Teruel*, 19, 1958, p. 93-94 y 171-172; MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia, 1961, p. 51-52, 71 y 87. Para mayor detalle es necesario consultar el análisis de cada uno de los tipos formales realizado en estas publicaciones.

² La obra esencial es, dentro de la amplia bibliografía de la autora sobre el tema, la ya citada *Terra Sigillata Hispánica*.

ha ampliado el panorama con la aportación de nuevos datos y ha permitido la matización de algunos aspectos.

Los alfares de Andújar³ y Granada⁴, todavía de reciente descubrimiento, han supuesto quizá en este campo el elemento más innovador. En sus productos tuvo un notable eco, tal y como se desprende sobre todo de los trabajos de M. Roca⁵, la sigillata itálica. Y ello en base a las concomitancias existentes entre unos y otros artículos no sólo en el terreno formal, sino también en ciertos motivos decorativos y en algunos tipos de firmas.

También con respecto de los talleres de La Rioja pueden hacerse en la actualidad algunos comentarios⁶, aunque de distinto signo que en el caso de los alfares de la Bética. Con ello no queremos decir que sobre aquellos no gravite en alguna medida una influencia itálica, sino que ésta afecta quizá más a otros campos que al formal⁷. En este aspecto, los nuevos datos de que

³ Los trabajos publicados sobre Andújar, a raíz del descubrimiento de los talleres hace poco más de un decenio, son ya muy numerosos y los resultados de las excavaciones en curso vienen apareciendo periódicamente en el *Noticario Arqueológico Hispánico*. Nos remitiremos aquí, a mero título informativo, al primero de ellos, en el que se dio cuenta de su existencia (SOTOMAYOR, M., «Centro de producción de sigillata de Andújar (Jaén)», XII *CNArq.*, Jaén, 1971, Zaragoza, 1973, p. 689-698), y al último publicado (SOTOMAYOR, M., ROCA, M., SOTOMAYOR, N. y ATIENZA, R., «Los alfares romanos de los Villares de Andújar. Jaén (Campañas de 1978-79)», *NAH.* 11, 1981, p. 307-363), así como a las monografías que han afrontado en profundidad la producción de sigillata del centro (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica producida en Andújar (Jaén)*, Jaén, 1976; SOTOMAYOR, M., *Marcas y estilos en la sigillata decorada de Andújar*, Jaén, 1977).

⁴ SOTOMAYOR, M., «Excavaciones en la huerta de la Facultad de Teología de Granada», *NAH.* 8-9 1964-1965, p. 193-202; IDEM, «Alfar romano en Granada». IX *CNArq.*, Valladolid, 1965, Zaragoza, 1966, p. 367-371; IDEM, «Siete hornos de cerámica romanos en Granada. con producción de sigillata», XI *CNArq.*, Mérida, 1968, Zaragoza, 1970, p. 713-728; SERRANO RAMOS, E., *Sigillata hispánica de los hornos de Cartuja (Granada)*, *Studia Archaeologica*, 57, Valladolid, 1979.

⁵ ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 101-103; IDEM, «Algunas consideraciones en torno a las influencias itálicas en la sigillata hispánica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, 1978, p. 285-302. El tema ha sido tratado también por Sotomayor (SOTOMAYOR, M., *Marcas y estilos...*, p. 46-47) y Serrano Ramos (SERRANO RAMOS, E., *op. cit.*, p. 47).

⁶ Y ello gracias también a los trabajos que sobre este importante núcleo alfarero, cuya actividad era conocida desde mucho antes, han venido produciéndose en los últimos tiempos, tanto por Mezquíriz (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., «Nuevos hallazgos sobre fabricación de sigillata hispánica en la zona de Tricio», *Miscelánea Arqueológica. Homenaje a Antonio Beltrán*, Zaragoza, 1975, p. 231-234; IDEM, «Hallazgo de un taller de sigillata hispánica en Bezares (Logroño)», *Príncipe de Viana*, 144-145, 1976, p. 299-304) como por Garabito (GARABITO GÓMEZ, T., «Las zonas de comercialización de los alfares romanos riojanos», *Berceo*, 93, 1977, p. 155-170; GARABITO GÓMEZ, T. y SOLOVERA SAN JUAN, M.^a E., «Bezares y la alfarería romana del valle del Najerilla (Logroño)», en *Estudios de cerámica romana, V*, *Studia Archaeologica*, 50, Valladolid, 1978, p. 13-19; GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos riojanos. Producción y comercialización*, B. P. H., XVI, Madrid, 1978).

⁷ Algunos de estos aspectos han sido tratados en nuestra Tesis Doctoral (ROMERO CARNICERO, M.^a V., *Terra Sigillata de Numancia*, Tesis Doctoral mecanografiada, Valladolid, 1982), en relación más o menos directa con el material numantino. Este sería el caso de algunos motivos decorativos y, más aún, el de ciertas composiciones ornamentales, en especial el de aquellas en que se desarrollan repetidamente, en ritmo alternante o no, uno o más motivos figurados. Por otro lado, ha sido señalada también la frecuencia

ahora podemos disponer no solo parecen reforzar la influencia rutená sino también alargarla en el tiempo. Y en esta perspectiva han sido decisivos los avances que de las excavaciones en curso en La Graufesenque y Montans se vienen publicando de manera periódica⁸.

Centrándonos pues en la producción de los talleres de La Rioja, o en lo que hoy por hoy puede suponerse fue tal⁹, y ciñéndonos dentro de ella al terreno formal, no pretendemos tanto el analizar pormenorizadamente todos los tipos cuanto el incidir en aquellos que en la actualidad pueden ser observados bajo un nuevo prisma o parecen ofrecer más puntos de vista que los inicialmente previstos. No creemos necesario, de hecho, detenernos en ciertas formas, precisamente en aquellas que jalonan y marcan los comienzos de la sigillata hispánica —como la Drag. 29, la 30 o la Hermet 13 en lo decorado, la Drag. 24/25, 27, 15/17, 18, 33 o Ritt. 8 en lo liso—, para las que ya en su día fueron señalados los correspondientes precedentes sudgálicos¹⁰. Más interés proporcionan otros tipos hispánicos que surgieron en un momento más o menos posterior y que manifiestan hasta qué punto los influjos rutenos seguían afluyendo y en qué medida sus modelos eran válidos todavía a la hora de potenciar nuevos perfiles hispánicos.

Uno de los elementos de referencia más claros viene dado, en este sentido, por los servicios de La Graufesenque, de desarrollo fundamentalmente flavio¹¹. Las formas sudgálicas Drag. 35 y 36, integradas ahora en ese

en la utilización de *tria nomina* o de *nomen* y *cognomen* en las marcas de los ceramistas hispánicos, aun cuando las razones por las que firmaron así no se presenten de una manera simple o clara (BALIL, A., «Materiales para un índice de marcas de ceramista en terra sigillata hispánica», *AEArq.*, XXXVIII, 1965, p. 140); tal y como ahí se insinúa, no puede descartarse el que la instalación de alfareros itálicos en territorio peninsular hubiera tenido que ver algo al respecto, si bien el fenómeno pudo obedecer también a otras causas (*Ibidem.*, p. 140). Desde luego, el posible desarrollo de producciones de signo itálico en la Península parece ir cobrando, pese a su aparente carácter aislado, carta de naturaleza e, incluso, en el caso de ciertos ceramistas precoces, seguidores de la industria rutená, como M. C. R., tampoco puede desdeñarse un origen itálico, aun cuando su formación fuese fundamentalmente sudgálica (ROMERO CARNICERO, M.^a V., «En torno a ciertas producciones precoces de sigillata en la Península Ibérica: los vasos firmados M. C. R.», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, en prensa).

⁸ De gran interés resultan, en este aspecto, las «Informations archéologiques», especialmente aquellas relativas a la Circunscripción de Midi-Pyrénées, que, bajo la dirección de M. Labrousse, se vienen publicando cada dos años en *Gallia*.

⁹ Remitimos al respecto a los trabajos de T. Garabito citados en la nota 6. La gran difusión de los artículos riojanos propuesta por él parece claramente justificada, no sólo por los evidentes puntos en común existentes entre aquéllos y la sigillata hispánica de la mayoría de los yacimientos peninsulares, sino también por la reducida expansión que alcanzaron el resto de los centros de fabricación, incluido el que parece ser el segundo en importancia, Andújar (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 103-104).

¹⁰ Véanse en MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, las páginas donde dichas formas son analizadas.

¹¹ VERNHET, A., «Creation flavienne de six services de vaisselle à la Graufesenque», *Figlina*, 1, 1976, p. 13-27. De la importancia que supone su sistematización para el mejor conocimiento de la industria sudgálica, así como del interés que puede entrañar

taller como tipos 1 y 2 del Servicio A¹², fueron consideradas ya en su día como precedentes de los equivalentes perfiles hispánicos¹³. Pero en la industria peninsular el eco de estos servicios de mesa —cuyos elementos por otro lado no parecen ser exclusivos de La Graufesenque, puesto que en buena parte están presentes también en Montans y, aún, en Banassac¹⁴— no debió quedar restringido sólo al A. En realidad, hay otros perfiles que pueden verse en mayor o menor medida en ellos reflejados; nos referimos, en concreto, a la Drag. 46 y a la Ludowici Tb que, hasta el presente, se han paralelizado o hecho derivar de las formas homónimas del Centro y Este de la Galia¹⁵. Ahora bien, no deja de ser significativo que desde un principio una y otra forma se considerasen en lo hispánico —con toda justificación— elementos integrantes de un mismo servicio de mesa, como copa y plato, respectivamente, cuando en la industria gálica constituían tipos independientes¹⁶. Y es que, si volvemos nuestra atención a los ya comentados servicios de La Graufesenque, encontramos en el B probables modelos de esas dos formas hispánicas¹⁷.

La relación es evidente en la plasmación de algunos rasgos, como el fondo plano y la pared oblicua, mientras que la trayectoria horizontal del borde, propia del prototipo sudgálico, ha sido sustituida en buena parte de nuestros ejemplares por un perfil más o menos oblicuo, pero, en cualquier caso, sin curvatura. Aun así, no faltan piezas en las que incluso este elemento se mantiene fiel, en el sentido de conservar la horizontalidad, a los supuestos modelos sudgálicos y de ello dan buen testimonio tanto ciertas Drag. 46 como algunas —menos— Ludowici Tb¹⁸. En uno y otro caso, en el de la copa y el plato,

de cara a su relación tipos hispánicos, ha hecho justo eco Balil (BALIL, A., «Notas de lectura. 3. Los «servicios de La Graufesenque», *BSAA*, XLVII, 1981, p. 237).

¹² OSWALD-PRYCE, *An introduction to the study of Terra Sigillata*, London, 1966, p. 192-194, lám. LIII; VERNHET, A., *op. cit.*, p. 14-16, 18-19, figs. 1 y 2.

¹³ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 63.

¹⁴ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16, 20, 21 y 24; LABROUSSE, M., «Céramiques et potiers de Montans». *Les Dossiers de l'Archéologie*, 9, 1975, p. 62, 65-66 y 70; MARTÍN, Th., «Fouilles de Montans. Note préliminaire sur les résultats de la campagne 1975», *Figlina*, 2, 1977, p. 61-70, figs. 8 y 9.

¹⁵ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 195-197 y lám. LV, para la Drag. 46, p. 201 y lám. LIX, para la Ludowici Tb; MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 67-68 y 69, respectivamente; GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 56 y 61, para cada una de las formas citadas.

¹⁶ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 69; DELGADO, M., MAYET, F. y MOUTINHO DE ALARCÃO, A., *Fouilles de Conimbriga. IV. Les sigillées*, Paris, 1975, p. 185.

¹⁷ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16-18, fig. 1.

¹⁸ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, lám. 19, núms. 5-7, de Drag. 46, y lám. 17, n.º 8, de Ludowici Tb; GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, fig. 48, n.º 23, una Drag. 46. El rasgo parece estar generalizado en el taller de Andújar (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 43-45, lám. 21, para la ahí denominada Drag. 46/49; SOTOMAYOR, M., ROCA, M. y SOTOMAYOR, N., «Los alfares romanos de Andújar. Campañas de 1974, 1975 y 1977», *NAH*, 6, 1979, fig. 2, n.º 2, para la Ludowici Tb).

se habría prescindido aquí, sin embargo, de la decoración a barbotina que, casi en su totalidad, presentan los vasos del Servicio B¹⁹.

Si, como suponemos, las formas hispánicas denominadas Drag. 46 y Ludowici Tb derivan de aquél, aun omitiendo desde su origen ciertos complementos decorativos, algunos de sus rasgos, especialmente los bordes, debieron de evolucionar con el paso del tiempo, adoptando esa trayectoria, no ya horizontal, sino oblicua en mayor o menor grado; a ello cabría añadir, en el caso concreto de las copas, la no infrecuente transformación de su pared oblicua en un perfil igualmente oblicuo pero ligeramente cóncavo²⁰. Ignoramos si estos cambios obedecieron a una evolución autónoma e independiente de los tipos hispánicos o si actuó en ellos de alguna manera un estímulo externo. Podría haberles influido, de hecho, la aparición de un nuevo servicio, el C, en el que se ven reflejadas fielmente las formas galas Drag. 46 y Ludowici Tb en su auténtica pureza de rasgos²¹. Todas las piezas de ese servicio de mesa vienen caracterizadas por un cuerpo de acusado perfil cóncavo y por la delimitación del borde con un labio vertical²².

Se atisban ahora ciertos ejemplares peninsulares, copas pero también platos²³, que cabría emparentar con los equivalentes de este servicio. De hecho, en ellos la pared adquiere un movimiento cóncavo muy marcado, que finaliza en un borde simple, cercenado, sin solución de continuidad con respecto de aquélla; aun cuando en ellos se observa la ausencia de labio —apenas marcado por una ranura interna—, el resto de los rasgos es claramente análogo al que proporcionan los tipos sudgálicos. Qué duda cabe de que, hoy por hoy, hemos de considerar todavía con cierta cautela esos perfiles hispánicos, puesto que su incidencia es mínima y no contamos prácticamente con piezas completas, pero, aun a riesgo de aventurarnos demasiado, nos inclinamos a enfocarlos en esa línea de dependencia.

¹⁹ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16 y 18, fig. 1.

²⁰ Son estos elementos formales, especialmente la oblicuidad del borde, los más abundantemente reflejados en ambos tipos hispánicos, al menos en lo que a los productos de La Rioja se refiere. Como buena muestra de ello pueden servirnos los ejemplares que Mezquíriz escogió para ilustrar esas formas.

²¹ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 195-197 y lám. LV, para la Drag. 46, p. 197-198 y lám. LVI, para la Curle 15; VERNHET, A., *op. cit.*, p. 17 y 19, fig. 2, donde se indican además otras equivalencias con tipologías o nomenclaturas menos habituales al uso.

²² VERNHET, A., *op. cit.*, p. 17, 18 y 20, fig. 1.

²³ Véanse los siguientes perfiles: BALIL, A., *Estudios de cerámica romana, I, Studia Archaeologica*, 4, Santiago de Compostela, 1969, fig. 12, n.º 107; PALOL, P. de y CORTES, J., *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia), Acta Arqueológica Hispánica*, 7, Madrid, 1974, fig. 64, núms. 122-124; DELGADO, M., MAYET, F. y MOUTINHO DE ALARCÃO, A., *op. cit.*, lám. LV, n.º 346; MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.º A., *Pompaelo II*, Pamplona, 1978, fig. 103, n.º 2; MARCOS POUS, A., *Trabajos arqueológicos en la Libia de los Berones*, Logroño, 1979, p. 154 y fig. 27-a. Las piezas más ilustrativas son, sin lugar a dudas, las de Conimbriga y Pamplona —copas—, así como una de las mencionadas de Pedrosa de la Vega, íla n.º 123 —un plato—, en las que se advierte el cambio de plano entre la pared cóncava y el fondo más o menos horizontal.

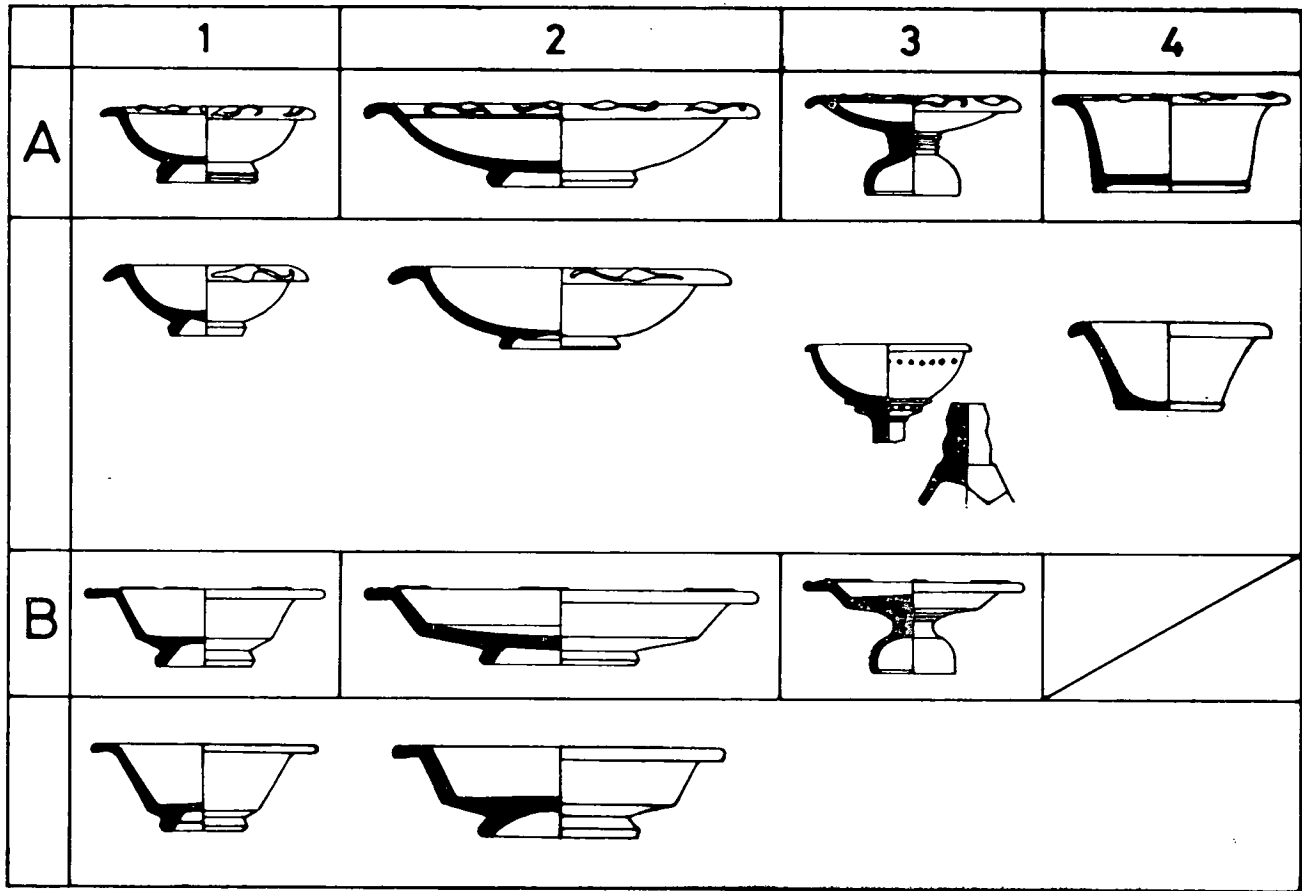


Fig. 1.—Los Servicios A y B de La Graufesenque y sus derivaciones en la producción hispánica.

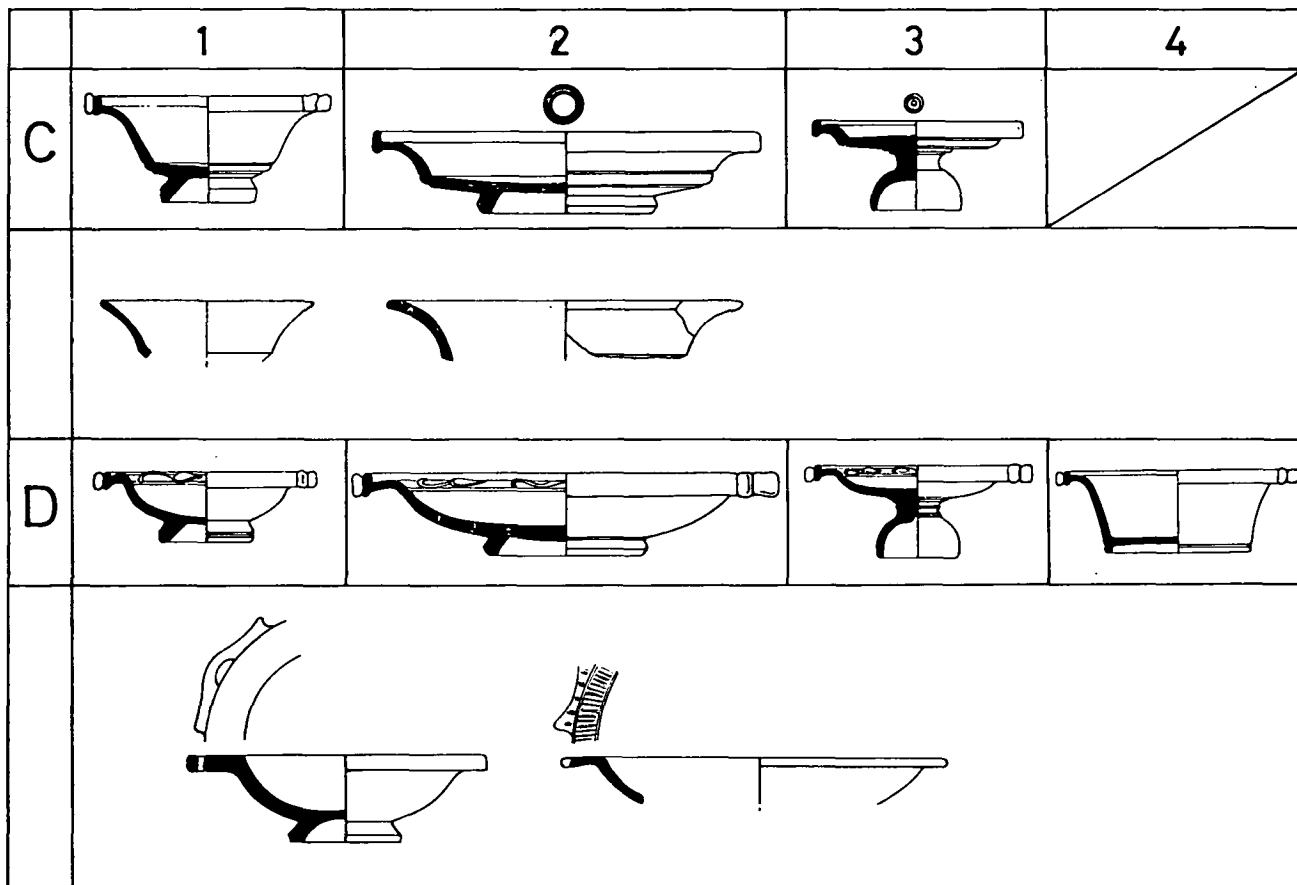


Fig. 2.—Los Servicios C y D de La Grufesenque y sus derivaciones en la producción hispánica.

En cualquier caso, no deja de ser curioso el que ciertos ejemplares peninsulares, en particular de forma Drag. 46, adopten unos rasgos intermedios entre los que son propios de los Servicios B y C, prescindiendo, claro está, del labio que caracteriza a este último; las piezas más expresivas, en este sentido, serían aquellas en las que la oblicuidad del borde es acusada, siendo poco nítida la separación o el cambio de plano entre éste y la pared, y en las que el perfil del vaso adquiere en conjunto una apariencia de concavidad casi continua²⁴.

En base a ello, pensamos que, a la luz del material sudgálico, parece posible y también lógico entrever un estímulo para el origen de estos dos tipos hispánicos, Drag. 46 y Ludowici Tb, en el Servicio B, estímulo que una vez asimilado experimentaría algunas transformaciones o un cierto proceso de desvirtuamiento, cifrado sobre todo en la oblicuidad del borde. Posiblemente no fueron ajenos a este fenómeno la aparición y rápido éxito del Servicio C, por el que cabría pensar fueron contaminadas en alguna medida ciertas piezas peninsulares. Ello no impediría el que, coetáneamente o quizá con alguna posterioridad, los alfareros hispánicos intentasen reflejar en algunos vasos los rasgos propios del Servicio C, aun cuando fuese de manera simplificada²⁵. Entendemos así que el desarrollo de estas formas en la producción hispánica debió de seguir en parte la línea de evolución propuesta por Mayet para la Drag. 46 de Conimbriga²⁶, línea en la que introduciríamos tan solo algunas matizaciones²⁷.

Por otro lado, y aun partiendo de la base de que la Drag. 46 y la Ludowici Tb se insertaron en lo hispánico generalmente como piezas de un mismo servicio de mesa, es necesario reconocer que la copa está por el momento más amplia y variadamente documentada que el plato²⁸; dado que el

²⁴ Véanse, a modo indicativo, una Drag. 46 de Bezares (GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, fig. 48, n.º 23 bis) o una Ludowici Tb de Liédana (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, lám. 17-B, n.º 2). Remitimos también, por lo expresivas, a dos Drag. 46 de Palencia (LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R., «Terra sigillata de Palencia en los Museos Arqueológicos de Palencia y Arqueológico Nacional», *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»*, 47, 1982, p. 235-236 y lám. XII, núms. 78 y 81), especialmente a la n.º 78, que puede asimilarse casi ya a los ejemplares relacionados con el Servicio C.

²⁵ Compárense, al efecto, los productos mencionados en las notas 22 y 23.

²⁶ DELGADO, M., MAYET, F. y MOUTINHO DE ALARCÃO, A., *op. cit.*, p. 185.

²⁷ Si Mayet (*Ibidem*, p. 185) concedió a los vasos de la Drag. 46 un carácter evolutivo en el que los de borde oblicuo constituirían la primera fase, seguidos por los de perfil horizontal y posteriormente por aquellos de borde curvo, para finalizar con la desaparición del mismo en un perfil acampanado sin solución de continuidad, propondríamos por la nuestra, tal y como se desprende de lo que hasta ahora venimos apuntando, que las piezas de borde horizontal serían las más antiguas y que aquellas en que este elemento adopta una oblicuidad o pierde en mayor o menor medida su nítida separación con respecto de la pared habrían de ser, en líneas generales, posteriores, lo mismo que los ejemplares de cuerpo claramente cóncavo o acampanado.

²⁸ Contrástense, a modo de ejemplo, las apreciaciones que permiten uno y otro

predominio de aquélla es bastante general en todos los yacimientos²⁹, no parece que el hecho deba atribuirse al fruto de la casualidad, sino que sugiere más bien que la Drag. 46 gozó de cierto éxito también como tipo aislado.

Si con los aspectos esbozados y apuntados aquí, el origen de las formas Drag. 46 y Ludowici Tb podría adquirir una impresión de complejidad a primera vista —en cuanto aparece determinado por el Servicio B de La Graufesenque y posiblemente mediatizado después por el C, juego este último del que acaso derivarían separadamente otros perfiles todavía poco conocidos—, cobra, por otro lado, una dimensión más coherente dentro de la trayectoria general de la industria hispánica. De hecho, parece más lógico vincular estas formas a esos modelos sudgálicos, dado que existen, que el relacionarlos con tipos del Centro y Este de la Galia, que surgieron a su vez, tal y como ahora sabemos, a partir de los mismos estímulos rutenos³⁰. Qué duda cabe de que entre los productos hispánicos y centro-galos hay no pocos puntos en común, pero pensamos que no obedecen tanto a influjos directos entre centros tan lejanos cuanto a manifestaciones más o menos paralelas e independientes desarrolladas en base a un mismo modelo; en suma, esas concomitancias no obedecerían a otra razón, a nuestro entender, que al hecho de haber partido de una raíz común, de origen ruteno.

Fenómenos análogos se observan, aparte de en la Drag. 46 y Ludowici Tb, también en algunas otras formas hispánicas, pero antes de abordarlas se hace conveniente tratar unos últimos aspectos en relación a los servicios de La Graufesenque. Tales servicios no constan únicamente de las dos categorías básicas de vasos —copa y plato o fuente— sino que su nueva sistematización ha permitido enriquecerlos con otras dos más, la copa con pedestal y una especie de pyxide, que se integran como tipos 3 y 4, respectivamente³¹; la primera, la copa, comparece en todos los servicios, mientras que la segunda complementa sólo al A y al D. Y nos parece interesante referirnos a ello, por cuanto pensamos que cabe ver en estos dos tipos genéricos de vasos posibles precedentes para dos formas hispánicas, en concreto, para las copas de pie realzado, moldurado o no, que van haciendo progresivamente acto de aparición, y para la Hisp. 10.

tipo en estos trabajos: MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 67-69; DELGADO, M., MAYET, F. y MOUTINHO DE ALARCÃO, A., *op. cit.*, p. 185.

²⁹ Compárese, en este sentido, la desigualdad numérica con que aparecen documentados los ejemplares de forma Drag. 46 y Ludowici Tb en las obras citadas en la nota anterior. Puede ser indicativo también el que en Andújar, donde la copa fue atestiguada desde un primer momento (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 43-45, lám. 21), se haya tenido constancia de la fabricación del plato sólo más recientemente (SOTOMAYOR, M., ROCA, M. y SOTOMAYOR, N., *op. cit.*, fig. 9, n.º 2).

³⁰ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16, 17, 20, 22, 24 y 25.

³¹ *Ibidem*, p. 18, fig. 1; el autor da cuenta también de las equivalencias en otras tipologías y de los perfiles análogos documentados tanto en otros centros sudgálicos como en los talleres del Centro de la Galia (*Ibidem*, p. 14-16, 19-21 y fig. 2).

Las copas están documentadas en los alfares riojanos³² —así como en un yacimiento por ellos abastecido, Numancia³³— y en el taller de Andújar, donde han sido recogidas como forma Hisp. 59³⁴. En cuanto a la Hisp. 10, nos es bien conocida a partir de la clasificación tipológica de Mezquíriz³⁵. En base a la configuración que muestran algunos ejemplares de esta última forma, precisamente los que suponemos más tempranos³⁶, y teniendo en cuenta cómo se presenta la parte superior de la Hisp. 59³⁷ —de las copas riojanas sólo se han conservado fragmentos del pie o pedestal, pero no los recipientes en sí—, parece probable que los desarrollos de ambos tipos hispánicos surgieran bajo el estímulo del Servicio A más que de ningún otro.

Pero, en cualquier caso, no puede decirse que en la producción peninsular una y otra forma hayan mantenido el mismo contacto o estrecha relación con el resto de los elementos integrantes del Servicio que en La Graufesenque; por el contrario, da la impresión de que siguieron, si no en su inicio, sí al menos con cierta rapidez, un curso independiente de las Drag. 35 y 36, como formas autónomas, sobre todo en el caso de la copa. Y esta idea parece venir apoyada además por las propias características de ambos tipos hispánicos. en los que sólo puede atisbarse la adaptación singular de lo que en origen debió de ser una idea sudgálica. De hecho, la Hisp. 10 prescinde fácilmente del pie y reduce con rapidez el borde a un mero engrosamiento o labio³⁸, mientras que la Hisp. 59 adquiere, al parecer, ya desde un principio un as-

³² GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 225 y fig. 49, n.º 28, lám. 44. n.º 3, de Bezares; p. 408-411, n.ºs 53-59, lám. 85, n.ºs 3-8, de Tricio; p. 460-461, fig. 111 y lám. 96, n.º 7, de Arenzana.

³³ ROMERO CARNICERO, M.^a V. y F., «Cerámicas imperiales con engobe rojo y decoración pintada procedentes de Numancia», en *Estudios de cerámica romana, VI, Studia Archaeologica*, 56, Valladolid, 1979, p. 8-11, fig. 2; ahí se señala además la existencia de un pie de copa decorado e inédito en Villalazán (Zamora) (*Ibidem*, p. 10) y se menciona otro de Pamplona, considerado como imitación de sigillata por Mezquíriz, ornamentado con barbotina blanquecina (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *La excavación estratigráfica...*, p. 95-96, 116 y 286, fig. 44, n.ºs 6-8). A la pieza ya dada a conocer entonces de Numancia, hay que añadir ahora otras tres, excluidas de ese trabajo por carecer de complementos decorativos, a las que hemos prestado la debida atención en nuestra Tesis Doctoral, ya citada.

³⁴ ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 89-90 y lám. 34; SOTOMAYOR, M., ROCA, M. y SOTOMAYOR, N., *op. cit.*, fig. 41 y p. 492. En el primero de estos trabajos (p. 89) se menciona ya la presencia de tipos semejantes en La Graufesenque (HERMET, F., *La Graufesenque*, Paris, 1934, lám. 3, 29, 29A y 29B).

³⁵ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 79, lám. 24-A.

³⁶ Véase al respecto sobre todo un ejemplar de Numancia (*Ibidem*, lám. 24-A, n.º 4 y lám. 261, n.º 33), del que proporcionamos un nuevo dibujo en la fig. 1, a través del cual puede apreciarse, aunque tímidamente, la existencia del pie.

³⁷ Los ejemplares giensenses muestran un borde curvado y una pared semiesférica análogos a los que ofrecen las copas de forma Drag. 35, tal y como se observa en las piezas citadas en la nota 34.

³⁸ Estos son precisamente los rasgos que caracterizan a la mayoría de los ejemplares hispánicos de esta forma; como muestra pueden servirnos todos los vasos, excepción hecha del ya comentado de Numancia, de que se sirvió Mezquíriz para ilustrar la forma (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, lám. 24-A).

pecto peculiar, potenciando extraordinariamente el pedestal y procurando al espacio inmediato al apoyo un perfil cóncavo en lugar de convexo³⁹. Inciden, además, en esta línea otros aspectos decorativos complementarios: si la Hisp. 10 carece de la ornamentación a barbotina que con frecuencia llevan los prototipos rutenos, la Hisp. 59 ofrece, en el caso de tenerlos, unos motivos decorativos de distinto carácter que aquéllos tanto por la técnica —barbotina muy diluida o acaso pintura en alguna ocasión, pero de distinta tonalidad que la de la superficie del vaso— como por su distribución y diseño⁴⁰. Por otro lado, y en el caso de la Hisp. 59, no parece ajena a su configuración formal, tal y como ya señalara Garabito en relación a las piezas de La Rioja⁴¹, la experiencia asumida en ciertos perfiles indígenas tardíos, como los que representan las copas celtibéricas con pie realzado⁴². Cabe ver, así, en los tipos 3 y 4 del Servicio A de La Graufesenque, copa con pedestal y pyxide, respectivamente, sólo un mero desencadenante y punto de partida para el ulterior desarrollo de dos formas hispánicas: si ello es particularmente evidente en el caso de la Hisp. 59, un fenómeno similar se intuye también en el de la Hisp. 10, aun cuando cuente con algún perfil relativamente próximo en territorio rutenos⁴³.

Habremos de referirnos, por último, en relación a los servicios de La Graufesenque, a un tipo que, aunque tímidamente, parece estar con ellos emparentado, a la Hisp. 4. Ya desde su individualización como tal se mencionó que guardaba cierta similitud con la Drag. 42⁴⁴ —forma que ha sido incorporada ahora al Servicio D⁴⁵— a través de las asas que frecuentemente la complementan y, cabe suponer también, a través de su pared curva⁴⁶. Si bien hay que reconocer que la Hisp. 4 presenta unas características específicas —como el borde plano y decorado a ruedecilla—, sin precedentes claros hoy

³⁹ Compárense, en este sentido, los perfiles de las copas sudgálicas, citadas en la nota 31, con los de las hispánicas a que hemos hecho referencia en las notas 32 a 34.

⁴⁰ Frente a la decoración a base de hojas de barbotina que ofrece el Servicio A de La Graufesenque (VERNHET, A., *op. cit.*, p. 15, fig. 1), los complementos ornamentales que a veces acompañan a la Hisp. 59 son considerablemente variados. Véanse al efecto los ejemplares a que remiten las notas 32 a 34.

⁴¹ GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 410-411.

⁴² WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas de Numancia*, B. P. H., IV, Madrid, 1963, tablas XXX-XXXII; WATTENBERG GARCÍA, E., *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga. Yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas*, *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 3, Valladolid, 1978, tipos II al IV, especialmente el IV, p. 24-25 y 52; CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona, 1977, forma 16, p. 345, figs. 281-283.

⁴³ HERMET, F., *op. cit.*, lám. 2, 9.

⁴⁴ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 194-195 y lám. LIV.

⁴⁵ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 20-21, figs. 1 y 2.

⁴⁶ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 75-77, en particular p. 75, y lám. 22-A, n.^{os} 1-3. Con posterioridad, esta semejanza ha sido anotada también en ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 48, y GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 60.

por hoy, aunque sí con paralelos⁴⁷, que hacen de ella una forma singular, las relaciones con los platos o fuentes de ese servicio nos parecen válidas y dignas de ser tenidas en cuenta. Si efectivamente dicha influencia existió, debió de tener, al igual que en el caso de la Hisp. 59, más el valor de servir de estímulo inicial que el de suponer un modelo en sí. Todo parece sugerir que en la producción peninsular la Hisp. 4 siguió un curso independiente y peculiar como tal tipo y, es más, hoy hay datos para pensar que la Hisp. 5 nunca completó con ella el juego de copa y plato que en principio se le atribuyó⁴⁸.

Dejando ya de lado los servicios sudgálicos, tan prolíficos a la hora de proporcionar precedentes o iniciativas para la configuración de perfiles hispánicos, nos referiremos ahora a otros tipos rutenos aislados que debieron de ejercer funciones análogas y que, hasta el momento, eran poco o nada conocidos o bien habían pasado desapercibidos ante el peso cuantitativo y el carácter sistematizado de otros productos similares del Centro y Este de las Galias. Este es el caso de la Drag. 44, que en principio se consideró una forma exclusiva de los talleres arvernos y del Este gálico⁴⁹, pero que fue constatada después en La Graufesenque⁵⁰ y lo ha sido también no hace mucho en Montans⁵¹. Hay que reconocer que el tipo hispánico difiere en ciertos rasgos del sudgálico, pero no menos tampoco del fabricado en los alfares del Centro o Este, que, a falta de más datos, se supuso era su modelo o paralelo más próximo⁵². Y puestos a elegir entre uno y otro como precedentes de la Drag. 44 hispánica, qué duda cabe de que la forma rutena es la más idónea, no solo por su mayor antigüedad⁵³ y por la notable proximidad geográfica

⁴⁷ Estos han sido abundantemente recogidos en ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 47-48.

⁴⁸ Los mismos ejemplares con que contó Mezquiriz para definir la Hisp. 5 ofrecen, según su misma indicación, caracteres tardíos (MEZQUIRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 76-77, lám. 22-A, n.^{os} 4 y 5). Esta taza o cuenco no aparece documentado, por otro lado, en yacimientos en los que está ampliamente atestiguado el plato o fuente Hisp. 4 y, es más, se ha establecido la clara correspondencia existente entre la Hisp. 5 y la forma 8 de terra sigillata hispánica tardía (PALOL, P. de y CORTES, J., *op. cit.*, p. 130-132, fig. 42). Tan solo en Andújar la Hisp. 4 engloba tanto platos de mediano tamaño como amplias copas (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 47 y lám. 21, n.^{os} 70-74), pero ya se ha advertido también en ese taller la ausencia de una clara diferenciación entre copa y plato en el caso de las Drag. 35/36 (*Ibidem*, p. 41-42, lám. 20, n.^{os} 48-53).

⁴⁹ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 203-204, lám. LXI, n.^{os} 1-5.

⁵⁰ HERMET, F., *op. cit.*, lám. 2, 19; LABROUSSE, M., «Informations archéologiques. Circonscription de Midi-Pyrénées», *Gallia*, 32, 2, 1974, p. 460.

⁵¹ MARTIN, Th., *op. cit.*, p. 61-65, fig. 8, n.^o 6 y fig. 9, n.^{os} 2 y 4.

⁵² MEZQUIRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 66-67; ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 42-43; GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 59.

⁵³ En las excavaciones de Montans el hallazgo más antiguo de la Drag. 44 corresponde a una capa fechada entre el 90-100/110 d. C. (MARTIN, Th., *op. cit.*, p. 61, fig. 8, n.^o 6), para hacerse más frecuente en aquellas del s. II (*Ibidem*, p. 64-65, fig. 9, n.^{os} 2 y 4; p. 68, fig. 10, n.^o 4), mientras que la forma gala de los talleres del Centro

de los centros productores, sino también en virtud de la trayectoria de dependencia que en líneas generales depara la industria peninsular.

Pero este camino no se cierra con la Drag. 44. Por el contrario, otras formas, como la Drag. 39 y las páteras con mango decorado, inciden en la misma línea. Para avalar la presencia de la primera en la producción hispánica se acudió implícitamente al tipo gálico homónimo, haciéndose referencia a los ejemplares del Centro y Este recogidos por Oswald y Pryce⁵⁴. Sin embargo, hay indicios de que la Drag. 39 y piezas afines a ella se fabricaron

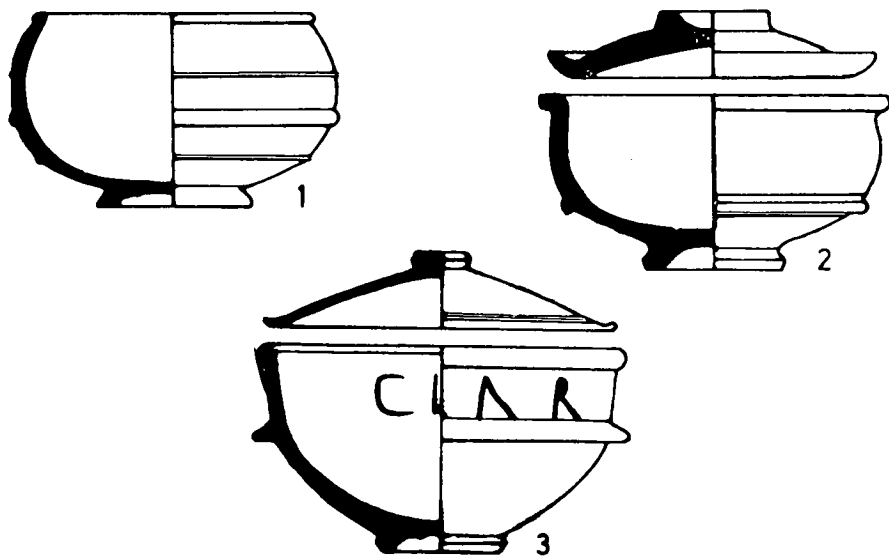


Fig. 3.—Drag. 44: 1. De La Graufesenque (según Hermet).—2. De Montans, acompañada de su tapadera (según Th. Martin).—3. De Itálica, con su tapadera (según Mezquíriz).

también en el Sur. De muestra nos sirve un ejemplar ovalado, conocido ya de antiguo, procedente de Montans⁵⁵ y como punto de apoyo valdrían también el asa lisa constatada en La Graufesenque o las fuentes cuadradas o rectangulares, relacionadas en buena parte con el ceramista *Germanus*, exhumadas

o Este se atribuye fundamentalmente a la segunda mitad del s. II (OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 203).

⁵⁴ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 198-199 y lám. LVII; MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 66 y lám. 17-A. La forma, documentada en los alfares riojanos, en concreto, en Tricio, con algunos fragmentos de asas (GARABITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 371 y fig. 95, n.ºs 211 y 212), ha sido atestiguada también en Andújar recientemente con un ejemplar, que ha sido relacionado con la Drag. 34 (SOTOMAYOR, M., ROCA, M. y SOTOMAYOR, N., *op. cit.*, p. 488, lám. V).

⁵⁵ DURAND-LEFEBVRE, M., «Etude sur la décoration des vases de Montans», *Gallia*, XII, 1, 1954, p. 74 y fig. 1, n.º 4; HERMET, F., *op. cit.*, p. 10 y lám. 5, 21.

en el mismo taller⁵⁶. Qué duda cabe de que estas piezas, en particular las últimas, se diferencian en no pocos elementos formales o decorativos con respecto de la Drag. 39 hispánica, pero responden, en realidad, al mismo fenómeno que ella, fenómeno que debió de ofrecer en territorio ruteno unas manifestaciones más ricas y variadas que las que conocemos en la industria peninsular. Merece la pena señalar también que una pieza de estas características hallada en las excavaciones de Andújar ha sido relacionada con la forma Drag. 34⁵⁷ y nos parece interesante indicarlo porque la Drag. 39 hispánica posee ciertamente puntos en común con ese tipo, tales como la trayectoria ligeramente oblicua de las asas —aunque éstas sean lisas en lo gálico— y la presencia de un asidero funcional bajo ellas⁵⁸. Si pensamos que la Drag. 34 se vinculó fundamentalmente al taller de Banassac⁵⁹ y que en la actualidad vasos atribuibles a esta forma se reconocen en La Graufesenque⁶⁰ y Montans⁶¹, habremos de reconocer que se reiteran, aunque sea a través de aspectos más secundarios que de conjunto, las concomitancias sudgálicas.

Su valoración, no obstante, podría quedar menoscabada ante el conjunto tipificado y más coherente del Centro y Este galos, si no fuera por el testimonio que ofrece la confrontación con otra forma, de diferente perfil pero decorada por el mismo sistema de placa matriz, cual representan las páteras con mango decorado. Estas eran bien conocidas en Lezoux, donde merecieron incluso un amplio estudio de H. Vertet⁶², mientras que su existencia era ignorada en territorio ruteno. El panorama cambió radicalmente con la noticia de su fabricación en Montans⁶³ y sobre todo al publicarse recientemente varias páteras de La Graufesenque, correspondientes a los reinados de Nerón y Vespasiano, obra en su mayoría del alfarero *Germanus*⁶⁴. Con ello no solo se ponía de manifiesto su fabricación en el Sur de Francia sino que además se hacía patente la anterioridad de los ejemplares rutenos, con la primacía que esto supone en cuanto a la conformación o creación de la forma en cerámica. Pocas son todavía las páteras con mango decorado atestiguadas en la produc-

⁵⁶ HERMET, F., *op. cit.*, p. 9-10, lám. 5, 19, 20 y 22; LABROUSSE, M., «Informations archéologiques. Circonscription de Midi-Pyrénées», *Gallia*, 34, 2, 1976, p. 465-466, fig. 3.

⁵⁷ SOTOMAYOR, M., ROCA, M. y SOTOMAYOR, N., *op. cit.*, p. 488, lám. V.

⁵⁸ CSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 191-192, lám. LII, n.º 7, especialmente.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 191.

⁶⁰ VERNHET, A. y BALSAN, L., «La Graufesenque», *Les Dossiers de l'Archéologie*, 9, 1975, p. 30.

⁶¹ MARTIN, Th., *op. cit.*, p. 67-68, fig. 10, n.º 6; LABROUSSE, M., «Informations archéologiques. Circonscription de Midi-Pyrénées», *Gallia*, 36, 2, 1978, p. 424.

⁶² VERTET, H., «Manches de patère ornés en céramique de Lezoux», *Gallia*, 30, 1, p. 5-40.

⁶³ LABROUSSE, M., «Céramiques et potiers...», p. 66.

⁶⁴ LAUXEROIS, R. y VERNHET, A., «Patères à manche orné en céramique de la Graufesenque», *Figlina*, 2, 1977, p. 13-17.

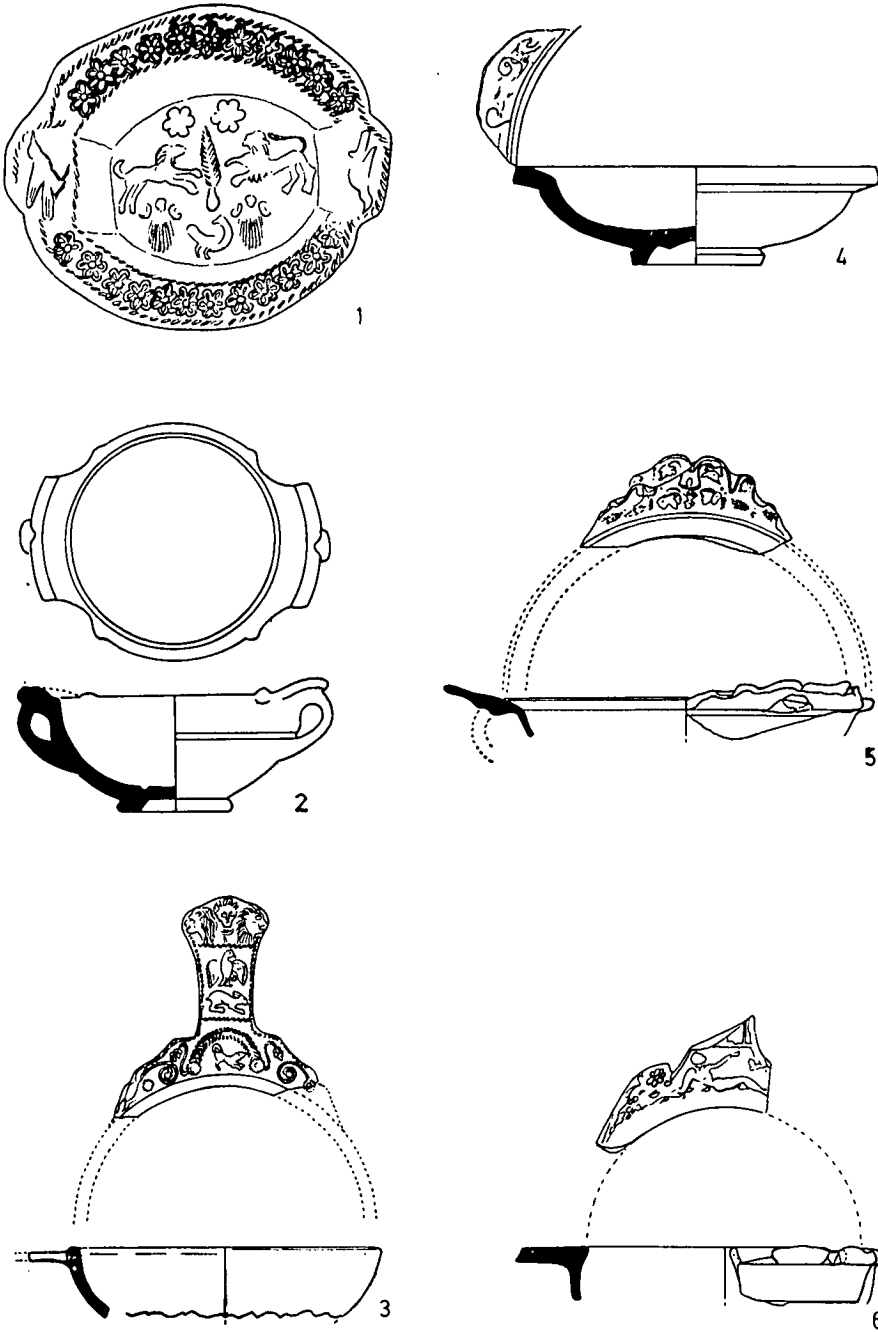


Fig. 4.—1. Drag. 39 de Montans (a partir de Durand-Lefebvre).—2. Drag. 31 de Montans (según Th. Martin).—3. Páteras con mango decorado de La Graufesenque (según Lauxorois y Vernhet).—4. Drag. 39 de Itálica (según Mezquíriz).—5. Drag. 39 de Numancia.—6. Pátera con mango decorado de Numancia.

ción hispánica⁶⁵, pero parece evidente que su aparición tuvo que estar propiciada por el modelo sudgálico, al igual que debió de sucederles a las piezas de Lezoux⁶⁶.

Y si esto ocurrió con respecto de las páteras con mango, nada más lógico que el que un fenómeno similar acaeciese en relación a la Drag. 39. Confluyen en esta impresión dos hechos: por un lado, los puntos que tanto una como otra forma tienen en común —su inspiración en modelos metálicos⁶⁷ y el empleo de una misma técnica decorativa—, y, por otro, la constatación de la Drag. 39 en Montans y piezas análogas en La Graufesenque, como ya hemos tenido ocasión de ver. Por ello, si las páteras fueron introducidas en la sigillata hispánica a instancias de la versión cerámica del Sur de la Galia, cabe suponer que otro tanto sucediera en el caso de la Drag. 39. Desde luego, no parece nada probable el que la producción peninsular imitase directamente los modelos originarios de metal, puesto que, aunque la fabricación de sigillata vino en un principio propiciada por un afán emulativo de vasos más nobles de estas características⁶⁸, la idea originaria debía de haberse olvidado en el momento en que la industria hispánica comenzó a producir. Es más, tenderíamos a pensar incluso que en ella la imitación de tipos metálicos sólo compareció ocasionalmente, con las formas a que nos venimos refiriendo, y de manera indirecta, por medio de los artículos rutenos.

⁶⁵ La forma está documentada en los alfares riojanos con un asa de Tricio (GARIBITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 307, fig. 95 y lám. 82, n.º 207). Numancia ha proporcionado también dos piezas de estas características; una de ellas, que ilustra la figura 4, suministra una parte del perfil, que enlazaría por su pared curva con la variante en cascute de media esfera registrada en La Graufesenque (LAUXEROIS, R. y VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16). Perfil análogo poseen también las páteras exhumadas del alfar granadino de Cartuja, si bien es de notar en ellas, junto a la documentación de la forma tanto en sigillata como en cerámica común, la ausencia de decoración en las asas (SOTOMAYOR, M., «Alfar romano...», p. 369-371, figs. 4 y 5; SERRANO RAMOS, E., *op. cit.*, p. 38, fig. 15, n.º 111).

Asas decoradas correspondientes a páteras han aparecido también en Iruña (NIETO CALLO, G., *El oppidum de Iruña (Alava)*, Vitoria, 1958, fig. 72, n.º 1), Solsona (SERRA VILARÓ, J., *Estación ibérica, termas romanas y taller de «terra sigillata» en Solsona*, MISEFA n.º 63, Madrid, 1924, lám. XI, n.º 13) y Cástulo (BLANCO FREIJEIRO, A., «El interesante fragmento cerámico en el Museo Arqueológico de Linares», *Oretania*, III, 8-9, 1961, p. 93-95). Es probable que se trate de productos hispánicos, pero no podríamos asegurarlo, dada la ausencia de datos al respecto que acompañó su publicación y la todavía escasa documentación de la forma en la industria peninsular.

⁶⁶ LAUXEROIS, R. y VERNHET, A., *op. cit.*, p. 16.

⁶⁷ STRONG, D. E., *Grek and Roman Gold and Silver plate*, London, 1966, p. 145-148, fig. 30, láms. 38 y 45, para las páteras; p. 148-150, láms. 40 y 47, para las fuentes; TESSINARI, S., «Patères à manche ornés», *Gallia*, 29, 1, 1970, p. 127-163; OSWALD-FRYCE, *op. cit.*, p. 198; VERTET, H., *op. cit.*, p. 5, 35 y 40; LAUXEROIS, R. y VERNHET, A., *op. cit.*, p. 13.

⁶⁸ STENICO, A., «Aretini o Arretini, Vasi», *Enc. Arte Ant.*, vol. I, p. 611; COMFORT, H., *Terra Sigillata*, Traducción francesa de esa voz de la R. E. Pauly Wissowa, suppl. VII, en *Travaux du Laboratoire de céramologie de Valence*, I, 1966, p. 25.

No es tan clara la derivación sudgálica en lo referente a otras formas que en su momento fueron consideradas de origen o creación puramente hispánica y como tal denominadas, caso de las Hisp. 2, 7, 19 ó 48⁶⁹. Y, sin embargo, los talleres rutenos proporcionaban o han proporcionado recientemente paralelos más o menos próximos a ellas.

La tapadera Hisp. 7 posee, de hecho, réplicas en Montans, aunque de cronología relativamente avanzada en el tiempo⁷⁰. También la Hisp. 19, forma no demasiado representada por ahora en la industria peninsular⁷¹, cuenta con paralelos y, aún diríamos, precedentes en la sigillata sudgálica; Hermet anotó ya la presencia en La Graufesenque de platos ápodos o dotados de un rudimentario pie y carentes de engobe por el exterior⁷² y piezas de características afines procedentes de Montans han sido dadas a conocer no hace mucho tiempo⁷³; estas últimas, al menos, deparan fechas bastante tempranas⁷⁴. En lo que respecta a la Hisp. 2, han pasado hasta ahora desapercibidos los ejemplares que, junto a los vasos ovoides moldeados correspondientes a la forma Dech. 67, publicó Hermet en su monografía sobre La Graufesenque⁷⁵; se trata de piezas torneadas, bien sea lisas o decoradas con ruedecilla o barbotina, cuyo perfil guarda acentuadas analogías con el de nuestra Hisp. 2. Por último

⁶⁹ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 73-74, 78 y 81, para las Hisp. 2, 7 y 19, respectivamente. En lo que respecta a la Hisp. 48, de más reciente descubrimiento, véanse: IDEM, «Hallazgo de un taller...», p. 302 y 304; GARBITO GÓMEZ, T., *Los alfares romanos...*, p. 55; ROMERO CARNICERO, M.^a V., «La sigillata hispánica y sus relaciones con el vidrio: la forma Mezquíriz 48», *BSAA*, XLVI, 1980, p. 188-193.

⁷⁰ MARTIN, Th., *op. cit.*, p. 64-66, fig. 9, n.º 1, donde aparece asociada a una Drag. 44 y en un conjunto fechado con posterioridad al 135 d. C.

⁷¹ Mezquíriz avalaba el tipo, en su estudio general sobre la sigillata hispánica, con un solo ejemplar procedente de Pamplona (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 78, lám. 26). Numancia ha proporcionado también un plato ápodo, que aparece reproducido en la fig. 5 del presente trabajo y que hemos relacionado, entre otras opciones —como las que representan las Hisp. 12 y 50 (*Ibidem*, p. 80-81 y 85, lám. 26, respectivamente)—, con la Hisp. 19, por considerar como elemento distintivo de la misma, no tanto el desarrollo del perfil de la pared, que en el ejemplar numantino difiere por su curvatura con respecto de la Hisp. 19 de Pamplona, como la presencia de engobe sólo por la cara interna del plato; de hecho, este rasgo nos parece más sustancial y característico como elemento aglutinador que otros, ante lo escaso, pero al mismo tiempo variado, de la documentación de estos platos.

⁷² HERMET, F., *op. cit.*, p. 2 y lám. 2, 2 y 2a.

⁷³ MARTIN, Th. y GARNIER, J.-L., «Céramique arétine et sigillée sud-gauloise précoce d'Excisum à Villeneuve-sur-Lot (Lot-et-Garonne)», *Figlina*, 2, p. 147 y 161, fig. 5, n.ºs 41 y 42; no se menciona en estos casos, sin embargo, que el engobe falte en ninguna zona de las piezas, lo que hace pensar que las recubría totalmente, aun cuando se indica expresamente su relación formal con ciertas cerámicas de engobe interno rojo pompeyano.

⁷⁴ Estos ejemplares aparecen, en concreto, en época de Tiberio para desaparecer bajo Nerón (*Ibidem*, p. 161).

⁷⁵ HERMET, F., *op. cit.*, p. 145, lám. 90, n.ºs 1-5. Cabe mencionar también aquí ciertos vasos ovoides de Montans que, aun proporcionando un perfil distinto en algunos rasgos, poseen cierto aire de parentesco con nuestra Hisp. 2 (MARTIN, Th., *op. cit.*, p. 61, fig. 8, n.º 7).

y en lo relativo a la Hisp. 48, ya mencionamos en otra ocasión⁷⁶ la existencia de tipos similares tanto en Montans como en La Graufesenque⁷⁷.

Queda así de manifiesto cómo estas formas peninsulares reflejan unos rasgos que no pueden ser interpretados como exclusivamente hispánicos, puesto que con mayor o menor aproximación están reproducidos en el material ruteno. Pero sus elementos no son, por otro lado, patrimonio único de la industria de sigillata. En realidad, los perfiles de las Hisp. 7 y 19 están bien constatados en la cerámica común⁷⁸ y cabe suponer además que fue en esa producción en la que surgieron, hecho seguro sin duda en el caso de los platos ápodos, cuya derivación de los denominados platos con engobe rojo pompeyano es evidente⁷⁹. La Hisp. 2, por su parte, nos remite no solo por su perfil sino también por su decoración a la producción de paredes finas⁸⁰, tal y como ya ha sido apuntado⁸¹, mientras que la Hisp. 48 lo hace, por idénticas razones, a la industria del vidrio⁸².

Nos encontramos, así, con un panorama de considerable complejidad a la hora de intentar averiguar cuál o cuáles fueron los precedentes inmediatos de esos tipos hispánicos. Si en el caso de la Drag. 39 y de las páteras con mango decorado nos aventurábamos a señalar como modelos más cercanos las formas equivalentes sudgálicas, remitiendo a ciertos productos metálicos sólo como prototipos lejanos, no podemos definirnos ahora de la misma manera. La cerámica común, los vasos de paredes finas y, también, el vidrio debieron de constituir un entorno próximo, cercano e, incluso, cotidiano para los fabricantes

⁷⁶ ROMERO CARNICERO, M.^a V., «La sigillata hispánica y sus relaciones...», p. 188-193.

⁷⁷ LABROUSSE, M., «Informations archéologiques. Circonscription de Midi-Pyrénées», *Gallia*, XXIV, 2, 1966, p. 414-415, y *Gallia*, XXVI, 2, 1968, p. 553-554; MARTIN, Th., «Vases sigillées de Montans imitant des formes en verre?», *Gallia*, 35, 2, 1977, p. 249-257.

⁷⁸ VEGAS, M., *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1973, tipo 16, p. 53-54, fig. 18, para las tapaderas; tipo 15a, p. 48-49, fig. 16, n.º 9, para las fuentes con engobe interno.

⁷⁹ *Ibidem*, tipo 15, p. 47-48, fig. 16; GOUDINEAU, Ch., «Note sur la céramique à engobe interne rouge-pompéien («Pompejanisch-roten Platten»)», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome*, LXXXII, 1, 1970, p. 159-186, sobre todo lám. I, n.ºs 15 y 16, lám. II, n.ºs 17, 28 y 29 y lám. III, n.ºs 33, 41 y 42; ALARCÃO, J., DELGADO, M., MAYET, F., MOUTINHO DE ALARCÃO, A. y PONTE, S. da, *Fouilles de Conimbriga. VI. Céramiques diverses et verres*, Paris, 1976, p. 51-56, láms. XII y XIII, en concreto, la primera.

⁸⁰ El parentesco resulta notable con la forma Marabini V (MARABINI MOEVS, M. T., *The roman thin walled pottery from Cosa (1948-1954)*, *Memoirs of the American Academy in Rome*, XXXII, Roma, 1973, p. 62-63), pero es todavía más evidente en el caso de ciertos ejemplares del tipo XL o XLV de Mayet (MAYET, F., *Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique*, Paris, 1975, p. 72-73, lám. LIV; p. 108-109, lám. LXX), como incluso señala la propia autora al tratar la forma XLV (*Ibidem*, p. 108).

⁸¹ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 73; ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 47.

⁸² ROMERO CARNICERO, M.^a V., «La sigillata hispánica y sus relaciones...», p. 190-191; ISINGS, G., *Roman Glass from dated finds*, Grönningen, 1957, p. 37-38; HAMELIN, P., «Materiaux pour servir à l'étude des verreries de Bégram», *Cahiers de Byrsa*, III, 1953, láms. VII-VIII.

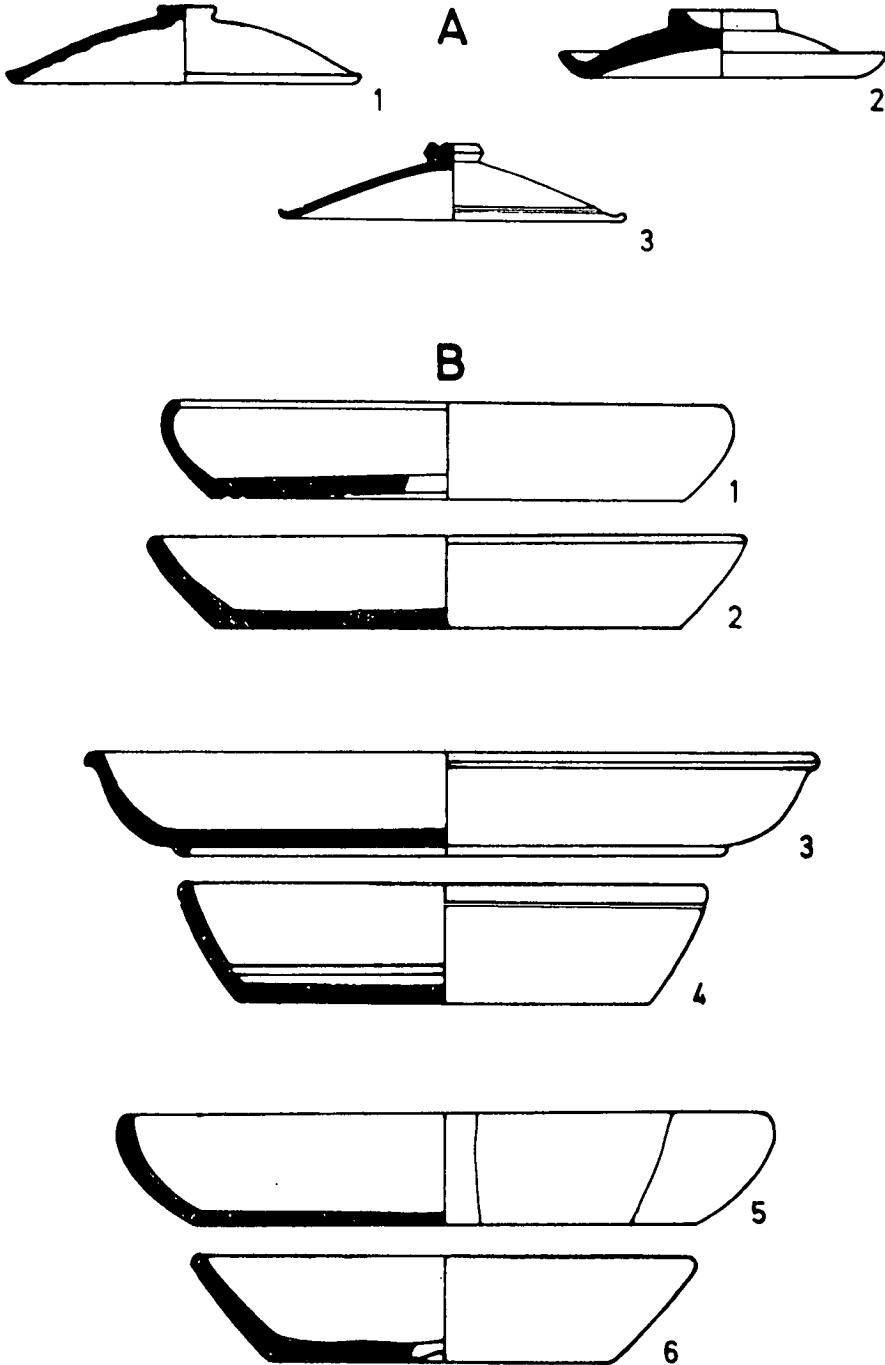


Fig. 5.—A) Tapaderas: 1. En cerámica común, de Pollentia (según Vegas).—2. En sigillata sudgálica, de Montans (según Th. Martin).—3. En sigillata hispánica, forma Hisp. 7, de Itálica (según Mezquíriz).—B) Platos ápodos de fondo plano: 1 y 2. Imitaciones de la cerámica con engobe interno rojo pompeyano, de Conimbriga y Monte Mozinho, respectivamente (según Moutinho de Alarcão).—3 y 4. En sigillata sudgálica, de La Graufesenque (según Hermet) y de Montans (según Martin y Garnier), respectivamente.—5 y 6. En sigillata hispánica, forma Hisp. 19, de Numancia y Pamplona, respectivamente (esta última según Mezquíriz).

de sigillata y, aún más, la producción de los primeros artículos bien pudo convivir y, de hecho, convivió en muchos casos con la de sigillata en los talleres. No es fácil, por ello, fijar con seguridad cuál fue el precedente directo de estos tipos peninsulares en sigillata, ni cuál fue el elemento determinante a la hora de favorecer su configuración. En cualquier caso, ahí están los paralelos sudgálicos, aun cuando cada uno de ellos requiera hoy por hoy una valoración distinta.

Puede considerarse menos significativa, en este sentido, la incidencia de las tapaderas, por cuanto su constatación en territorio ruteno es, en base a lo que conocemos actualmente, minoritaria y bastante aislada. Mayor atención merecen los platos con engobe interno, puesto que su fabricación parece obedecer, como ya hemos visto, a un fenómeno generalizado en los talleres sudgálicos y responder a un momento bastante temprano, acorde al menos con el período en que éstos ejercieron una influencia clara sobre los productos peninsulares.

En el caso de los vasitos ovoides, la vertiente torneada constituye en la industria rutena, al parecer, una variante minoritaria frente a la moldeada, mientras que en la sigillata hispánica apenas hay indicios de que esta última exista⁸³ y, por el contrario, está notablemente documentada la primera. Si este hecho abunda en algo que parece característico de la industria peninsular, en su gran disponibilidad de recursos para desarrollar tipos torneados, en no pocas ocasiones a partir de perfiles inicialmente realizados con ayuda de molde y, por lo tanto, decorados, no resulta sin embargo nada claro por el momento que tal ocurriera en el caso de la Hisp. 2 y en base al estímulo de la Dech. 67 sudgálica.

Otro es el problema en lo referente a la Hisp. 48. De reciente descubrimiento tanto ésta como los tipos análogos del Sur de Francia, todos están respaldados todavía por un número escaso de ejemplares. A tenor de lo que conocemos hoy, es la producción hispánica la que ha proporcionado las piezas más próximas a los prototipos en vidrio, en la medida en que aunan tanto una evidente dependencia formal como una notable fidelidad decorativa. No ocurre lo mismo con los ejemplares rutenos pues, si en Montans se repite con precisión el perfil y se distorsiona en parte la ornamentación, en La Grau-

⁸³ Uno de esos indicios vendría representado por una pieza numantina —que, al igual que otras del yacimiento ya mencionadas o por mencionar, fue analizada en nuestra Tesis Doctoral, ya citada— correspondiente a la parte superior de un vaso de perfil análogo al de la Hisp. 2, pero decorado a molde, tal y como se deduce del friso de ángulos que ha conservado. Un segundo fragmento de Numancia y algún otro publicado de diferente procedencia sugerirían una forma similar, pero lamentablemente en esos casos su fragmentación no permite establecer una comparación o identificación segura. De ahí que, ante la única evidencia que proporciona la pieza aludida en primer lugar, no pueda hablarse de la existencia, en la producción peninsular, de una versión decorada de los vasitos ovoides o de la Hisp. 2, equivalente a la Dech. 67 gala.

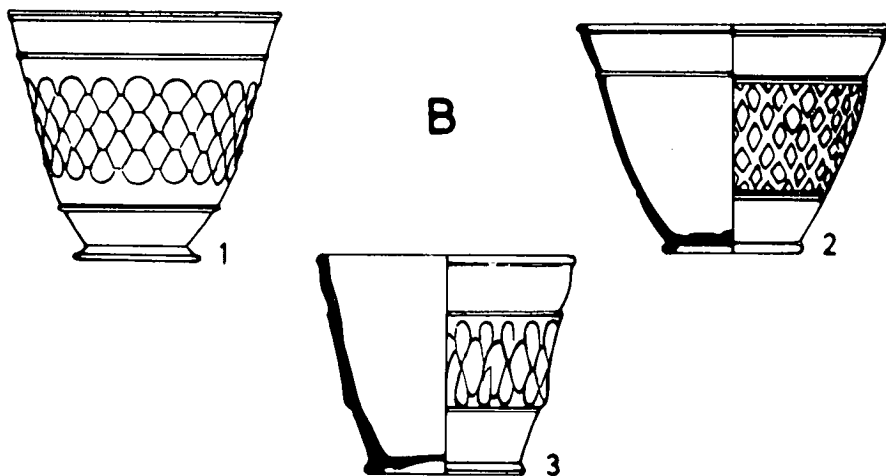
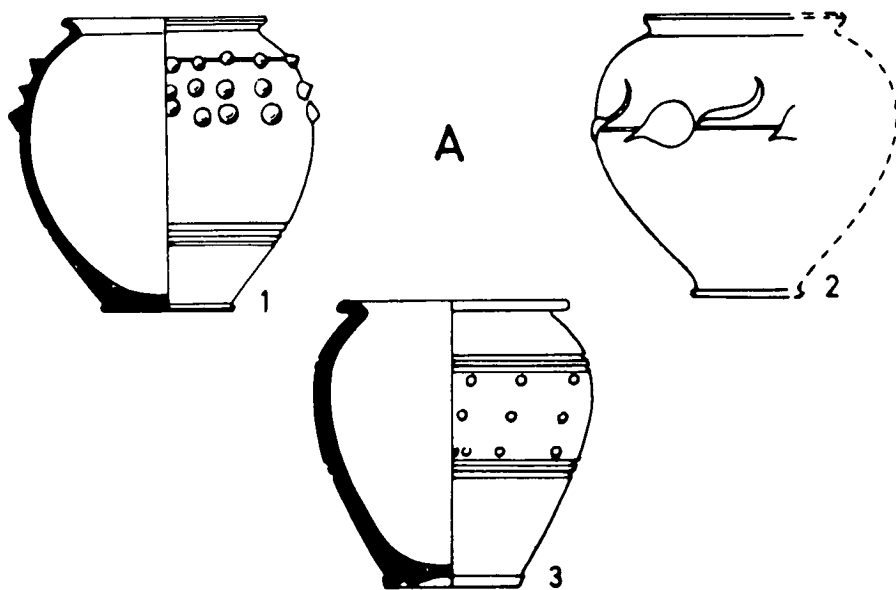


Fig. 6.—A) Vasitos ovoides: 1. En cerámica de paredes finas, de Mérida (según Mayot).—
 2. En sigillata sudgálica, forma Dech. 67 lisa, de La Graufesenque (a partir de Hermet).—
 3. En sigillata hispánica, forma Hisp. 2, de Itálica (según Mezquíriz).—B) Cubiletes: 1. En
 vidrio, de Bégram (según Hamelin).—2. En sigillata sudgálica, de Montans (según Th. Martin).
 —3. En sigillata hispánica, forma Hisp. 48, de Bezares (según Mezquíriz).

fesenque se observa el fenómeno contrario⁸⁴. No hay que sobrevalorar, sin embargo, el hecho —por lo demás, quizá aparente— de que los vasos hispánicos guarden una mayor fidelidad con respecto de los modelos y desde luego no creemos que puedan extraerse consecuencias definitivas de ello, puesto que el nivel de conocimiento es en uno y otro ámbito todavía reducido.

De cualquier manera, todos estos tipos peninsulares a que venimos refiriéndonos —Hisp. 7, 19, 2 y 48— manifiestan en mayor o menor medida una influencia, una contaminación, de productos de otras industrias, ya fuese adoptándola de una manera directa, bien fuese indirectamente, bajo el estímulo de otras producciones de sigillata que la hubiesen asumido con anterioridad, o acaso a través de ambos medios a la vez. Y hoy por hoy no cabe otra vía, a nuestro parecer, que el plantear simplemente el panorama, relegando la adopción de soluciones para el futuro.

Si hasta el momento nos hemos referido a formas lisas, algunas decoradas permiten también ciertas anotaciones o comentarios. Al margen de aquellos tipos iniciales a los que ya hemos aludido —tales como la Drag. 29 y la 30, seguidos posiblemente poco después por la Hermet 13— y cuya derivación a partir de las formas homónimas sudgálicas parece evidente, quedan una serie de perfiles de formación ligeramente posterior, en unos casos, y algo más avanzados, en otros, que obedecen a rasgos y estímulos más o menos definidos o precisos. La Drag. 37 no ofrece dudas al respecto, por cuanto ya desde su sistematización se hizo derivar del correspondiente tipo sudgálico⁸⁵. Tampoco el perfil híbrido 29/37 merece particular atención, puesto que el paso entre las dos formas de su denominación debió de adoptar en los diferentes centros características peculiares⁸⁶.

Otro es el caso de ciertos perfiles como el de la Hisp. 40 o el de la Drag. 37 almendrada⁸⁷, indudablemente relacionados entre sí. Aun cuando su carácter, y muy en concreto el de la primera, ha sido objeto de variadas interpretaciones⁸⁸, creemos que en principio cabe ver en ellas, siguiendo a Almagro

⁸⁴ Véanse, al respecto, las obras citadas en las notas 76 y 77.

⁸⁵ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 106.

⁸⁶ OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 104-105; MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 104-106; ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 61-63.

⁸⁷ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 106-107, lám. 35, para la Drag. 37 almendrada; p. 114, lám. 33, para la Hisp. 40.

⁸⁸ Mezquíriz definía la forma, a través de los dos ejemplares de Juliobriga con que pudo contar entonces, como un tipo decorado, con pared carenada, borde con varias molduras y asa horizontal en forma de lazo (*Ibidem*, p. 114). Fernández Miranda después, al analizar dos ejemplares de Mérida de pared semiesférica, provistos de un borde de rasgos similares a los descritos por Mezquíriz para la Hisp. 40, los consideró como variantes de la Drag. 37 (FERNÁNDEZ MIRANDA, M., «Contribución al estudio de la cerámica sigillata hispánica en Mérida», *Trabajos de Prehistoria*, 22, 1970, p. 295, fig. 2). Con posterioridad, y en relación a la producción de *Miccio*, tocaron el tema Almagro y Caballero Zoreda, quienes, en nuestra opinión, lo situaron en sus justos términos: dieron el

y Caballero⁸⁹, variantes de igual o mayor tamaño de las formas Drag. 29 y 37, respectivamente, destinadas probablemente a contener líquidos, dotadas de borde engrosado y, en algunos casos, de vertedero y asas en forma de lazo para facilitar su finalidad. De acuerdo con ello adoptarían en un primer momento una pared carenada⁹⁰, al convivir con la Drag. 29, mientras que, al imponerse y generalizarse la 37, transformarían su perfil en otro semiesférico⁹¹, pasando a ser lo que conocemos como Drag. 37 almadrada. El hecho de que el borde fuese en una y otra —Hispan. 40 y Drag. 37 almadrada— siempre rectilíneo o incluso incurvado y de que estuviera en mayor o menor medida engrosado obedecería, en nuestra opinión, a la propia funcionalidad de las piezas, en las que, sin duda, un borde de estas características es más adecuado para reservar y mantener líquidos, así como para facilitar la ocasional función de verterlos. No cabe excluir, sin embargo, la posibilidad de que su configuración hubiera estado potenciada, en el caso de la Hispan. 40, por la aparición de la Drag. 37, todavía poco generalizada, o de vasos híbridos 29/37

valor adecuado al perfil de las piezas, considerándolo como el elemento fundamental, y atribuyeron a otros rasgos formales —como el borde moldurado o la presencia de asas y de piqueta— un carácter secundario. La Hispan. 40 sería, por su panza carenada, una variante de la forma Drag. 29, de la misma manera que existirían otras de la Drag. 29/37 y la 37 y en cualquiera de ellas podrían estar presentes los complementos funcionales a que venimos refiriéndonos (ALMAGRO BASCH, M. y CABALLERO ZOREDA, L., «Tres vasos excepcionales de cerámica sigillata hispánica: el alfar de Miccio», *RABM*, LXXV, 1-2, 1968-1972, p. 554-555).

Otros autores, aun corroborando las relaciones existentes en los perfiles de este tipo de vasos con la Drag. 29 y la 37, se muestran más inclinados a mantener la denominación de Hispan. 40 vinculada a las características específicas del borde con asas y vertedero (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 70-71, lám. 30, n.º 250; SOTOMAYOR, M., ROCA, M., SOTOMAYOR, N. y ATIENZA, R., *op. cit.*, p. 331, figs. 13-16). Uno u otro criterio ha sido el utilizado por diversos autores a la hora de clasificar y publicar vasos de estas características.

⁸⁹ ALMAGRO BASCH, M. y CABALLERO ZOREDA, L., *op. cit.*, p. 554-555.

⁹⁰ Entrarían en esta fase los ejemplares de Juliobriga, que sirvieron a Mezquíriz para definir la forma (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.ª V., *Terra Sigillata...*, lám. 218, n.ºs 97 y 98), un vaso de la Colección Arqueológica del Palacio Ducal de Vila Viçosa, procedente de Padrãozinho (MOUTINHO DE ALARCÃO, A., «Algumas peças de «terra sigillata» na Secção Arqueológica do Paço Ducal de Vila Viçosa», *Conimbriga*, II-III, 1960-1961, p. 197-198), una pieza de Tiermes (ARGENTE OLIVER, J. L., CASA MARTINEZ, C. de la, DÍAZ DÍAZ, A., IZQUIERDO BERTIZ, J. M.ª, JIMENO MARTÍNEZ, A. y REVILLA ANDIA, M. L., *Tiermes I*, *EAE*, 111, Madrid, 1980, fig. 15, n.º 211), así como, al menos, otras tres de Numancia, una de las cuales fue publicada en su día por Mezquíriz, aunque fragmentariamente y con poca exactitud (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.ª A., *Terra Sigillata...*, lám. 251, n.ºs 79 y 80). Contrastan, en cualquier caso, estas últimas, así como el ejemplar de Tiermes, por su considerable tamaño en relación a las dimensiones medias que ofrecen el vaso portugués o aquellos de Juliobriga.

⁹¹ Este momento vendría muy bien ilustrado por la pieza de Cástulo, hoy conservada en el MAN (ALMAGRO BASCH, M. y CABALLERO ZOREDA, L., *op. cit.*, p. 512-517 y 554, fig. 1 y lám. I) o por un ejemplar de Andújar (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 70-71, lám. 30, n.º 250), aparte de por otras piezas o fragmentos, como el ya citado de Mérida (FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *op. cit.*, p. 295, fig. 2), en cuanto que en ellos encontramos tanto las asas en forma de lazo como el vertedero. No obstante, en nuestra opinión, serían también exponentes del mismo fenómeno, a pesar de mostrar una mayor simplificación en los aditamentos, todas las Drag. 37 almadradas.

dotados ya con un borde rectilíneo, pero no pensamos que estos últimos tuvieran apenas por sí mismos un valor o empuje suficiente, como tipo formal, para generar una variante con unos rasgos definidos⁹².

En cualquier caso, los desarrollos de estas variantes, en no pocas ocasiones de considerable calibre⁹³ y siempre con unas características específicas, no se ven claramente reflejados en otras industrias, por lo que en principio podría considerarse que los alfareros peninsulares desplegaron sus propios resortes imaginativos al dotar a la Drag. 29 y a la 37 de la duplicidad expresada con la Hisp. 40 o la Drag. 37 almendrada. Y, sin embargo, hay muestras de que un fenómeno análogo se produjo en la industria gálica, en Lezoux y los talleres del Centro y, lo que nos parece más importante, en los alfares rutenos. Relegando los tipos más o menos afines de Lezoux⁹⁴ —que sólo podrían servirnos de paralelos, pero desde luego no de modelos—, atenderemos a los indicios sudgálicos, que afectan únicamente a la Drag. 37 por el momento, entreabriendo sin embargo con ello otras posibilidades. Dechelette recogió en su amplia obra sobre las cerámicas decoradas de la Galia un ejemplar semiesférico, con vertedero y asas, que atribuye por su temática al período trajaneo y relaciona con el taller de La Graufesenque; pero, es más, menciona expresamente que las piezas dotadas de estos complementos formales, aun siendo raras, son más frecuentes en La Graufesenque que en Lezoux⁹⁵. La documentación de estos ejemplares en territorio ruteno podría verse ampliada también, por otro lado, con un vaso decorado de Montans, publicado por

⁹² Almagro y Caballero parecen relacionar al ejemplar de Padrãozinho, mencionado en la nota 90, como una variante de la Drag. 29/37, en la misma medida en que la Hisp. 40 lo sería con respecto de la 29 (ALMAGRO BASCH, M. y CABALLERO ZOREDA, L., *op. cit.*, p. 554). Desde luego, no es improbable que efectivamente de tal se tratara, dada además la no acusada carenación de la pieza, pero hay que reconocer que las propias características de la 29 y del tipo mixto 29/37 hacen difícil ya de por sí la diferenciación de variantes suyas, cuando éstas se peculiarizan además por poseer un borde afín. En cualquier caso, si la Drag. 29/37 originó variantes, como aquellas que se desarrollaron a partir de las Drag. 29 y 37, debieron de ser tan efímeras y posiblemente tan variadas como lo fue ella misma.

⁹³ Véase al respecto, y en relación a la Hisp. 40, ya que no afecta a las variantes de la Drag. 37, lo comentado en la nota 90.

⁹⁴ Merece la pena mencionar aquí la forma Dech. 70 (DECHELETTE, J., *Les vases céramiques ornés de la Gaule romaine*, Paris, 1904, I, p. 152, lám. V; OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 105 y lám. XXVIII, n.º 14; VERTET, H., «Projet d'un répertoire des vases a décor moulé fabriqués à Lezoux», *Revue Archéologique du Centre*, 43-44, 1972, p. 294-295, lám. III), por cuanto ofrece no pocos puntos en común con la Drag. 37 almendrada y más especialmente con la Hisp. 41, en la que cabe ver una variante más, aunque con ciertos rasgos peculiares, de éstas a las que nos venimos refiriendo (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 115 y lám. 33). No hemos podido consultar directamente las piezas de Martres-de-Veyre, publicadas por Terrisse, a que hacen referencia los excavadores de Andújar en relación a la Hisp. 40 del yacimiento (SOTOMAYOR, M., ROCA, M., SOTOMAYOR, N., y ATIENZA, R., *op. cit.*, p. 331, nota 66), pero han de ser sin duda valiosas como paralelos de las variantes hispánicas, por lo que remitimos a su cita (TERRISSE, J. R., *Les céramiques sigillées gallo-romaines de Martres-de-Veyre (Puy-de-Dôme)*, *Suppl. a Gallia*, XIX, Paris, 1968, p. 18 y 62, fig. 25).

⁹⁵ DECHELETTE, J., *op. cit.*, p. 214-215, fig. 126.

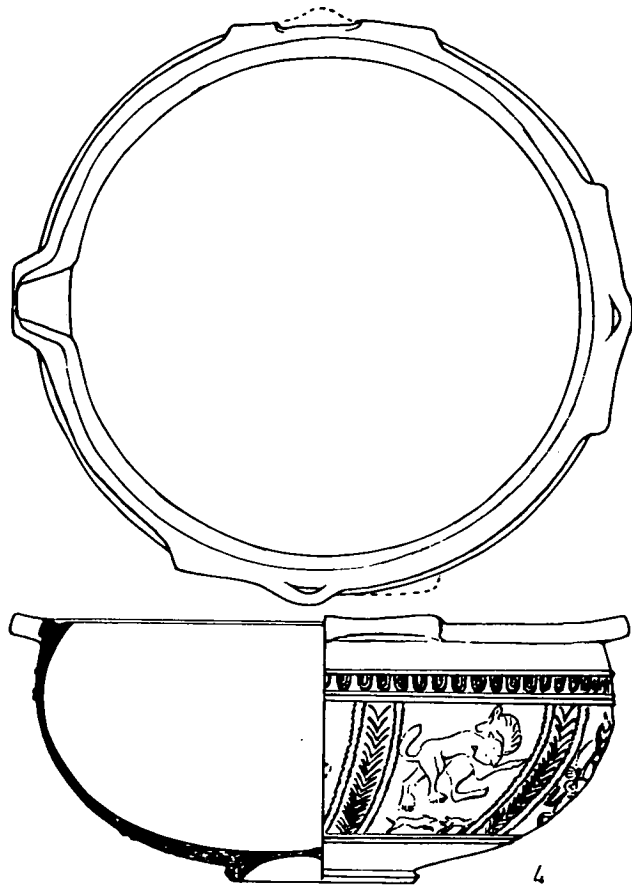
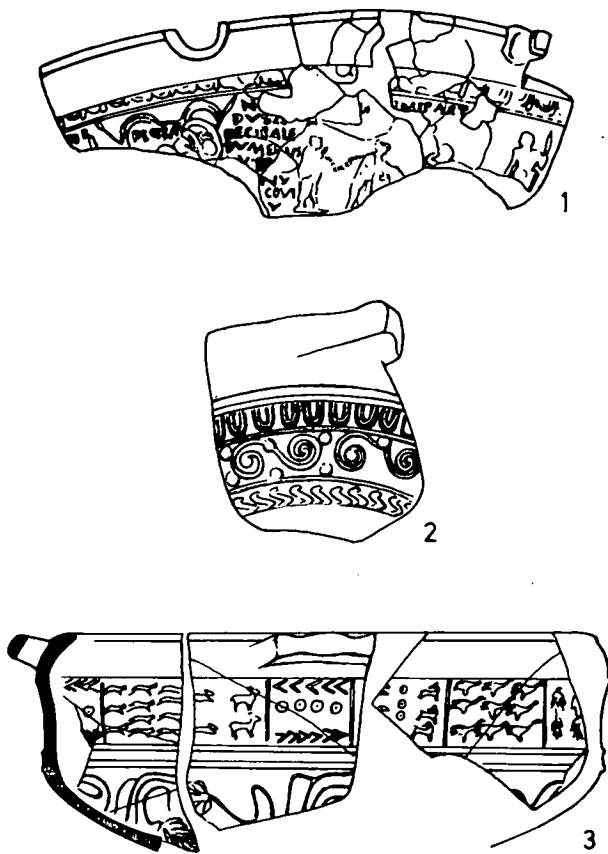


Fig. 7.—1. Drag. 37, de posible origen ruteno (según Dechelette).—2. Vaso de Montans (a partir de Durand-Lefebvre).—3. Hisp. 40 de Numancia.—4. Drag. 37, almendrada de Cástulo (a partir de Almagro Basch y Caballero Zoreda).

Durand-Lefebvre⁹⁶, en el que cabe ver, mediante la presencia de un asa saliente, un caso similar al de la pieza de La Graufesenque.

Desde luego, no son muchos los puntos de referencia y afectan hoy por hoy a los perfiles semiesféricos y no a los carenados, pero creemos que merece la pena tener en cuenta el dato, a la espera de otros ulteriores. El mismo hecho de que estén atestiguados fenómenos afines en Lezoux, centro donde a lo largo del siglo II se desarrollaron no pocos de los tipos creados con anterioridad en los talleres sudgálicos —tal y como hemos visto a través de varias formas lisas—, deja entreabierto la posibilidad de que también en este caso los alfares rutenos suministraran, una vez más, precedentes para la sigillata centro-gálica e hispánica. Esperemos, pues, las novedades que las excavaciones en Montans y en La Graufesenque vienen deparando en los últimos decenios con el fin de confirmar o rechazar esta hipótesis.

En lo referente a formas decoradas de perfil más cerrado, caso de las Hisp. 1 y 20, la problemática de su origen es otra, aunque no muy distinta. Mezquíriz señaló ya en su día las afinidades existentes entre el primer tipo y la Hermet 7 de La Graufesenque⁹⁷; estas analogías, que son particularmente acusadas en ciertos ejemplares⁹⁸, hacen pensar, de hecho, que la Hisp. 1 moldeada surgió a instancias de la forma rutená. No es tan segura la derivación en lo referente a la Hisp. 20⁹⁹, pues en realidad no se le conoce un claro modelo sudgálico. No obstante, es necesario reconocer que de Montans fue publicado un vaso decorado que, aun sin conservar la parte superior, sugiere una forma análoga a la de la Hisp. 20, posiblemente con cuello y boca muy estrechos, si bien con un cuerpo más anguloso, menos redondeado, que el tipo peninsular¹⁰⁰. No conviene tampoco olvidar la existencia de otros perfiles sudgálicos, como el de las lágenas, que entrañan, a pesar de las diferencias tanto en algunos rasgos como en el reparto de la decoración, ciertas concomitancias en lo que al tipo de forma se refiere¹⁰¹. Por ello, no parece excesivamente aventurado el suponer que los alfareros hispánicos, tras haber conseguido plasmar la forma Hisp. 1, desarrollaran coetáneamente o poco después perfiles como el de la Hisp. 20, para el que tampoco debieron de

⁹⁶ DURAND-LEFEBVRE, M., *op. cit.*, fig. 1, n.º 2.

⁹⁷ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 111-113, lám. 32-B; HERMET, F., *op. cit.*, p. 157-158, lám. 4, 7 y lám. 98-A, núms. 1-11.

⁹⁸ Nos referimos, en concreto, a una jarrita de Numancia, publicada ya por Mezquíriz (MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, lám. 32-B, n.º 5 y lám. 242, n.º 36) y que reproducimos aquí con un nuevo dibujo en la fig. 8. En ella el contraste entre los diferentes planos del perfil es menos acusado que en la mayoría de los ejemplares de forma Hisp. 1, diluyéndose de esta manera el aspecto bitroncocónico más común o característico en la misma. El contorno del vaso numantino, de rasgos más suaves y redondeados, se aproxima desde luego más claramente al perfil ovoide propio de la Hermet 7.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 113-114, lám. 33.

¹⁰⁰ DURAND-LEFEBVRE, M., *op. cit.*, fig. 1, n.º 3.

¹⁰¹ HERMET, F., *op. cit.*, p. 152-155, lám. 5, 15 y láms. 93-95.

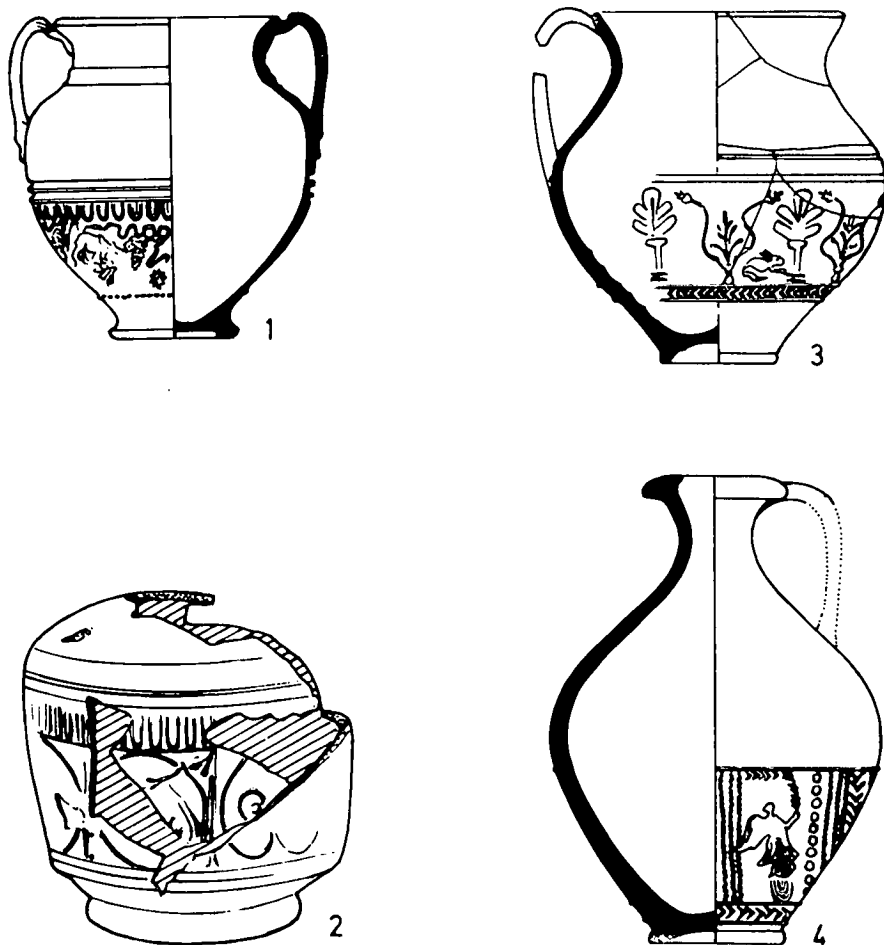


Fig. 8.—1. Hermet 7 de La Graufesenque (según Hermet).—2. Jarra de Montans (a partir de Durand-Lefebvre).—3. Hisp. 1 de Numancia.—4. Hisp. 20 de Itálica (según Mezquíriz).

faltar estímulos sudgálicos, máxime cuando las diferencias entre los dos tipos peninsulares estriban sustancialmente en la parte torneada y las divergencias son mínimas en el espacio confeccionado a molde¹⁰².

Si admitidos así una influencia más o menos acusada de los talleres rutenos sobre el origen de una y otra forma hispánicas, es también necesario admitir que hay un aspecto ligado a ellas en el que los fabricantes peninsu-

¹⁰² Cabría en principio atribuir a la zona moldeada de la Hisp. 20 un perfil algo más curvo y más abierto que al de la Hisp. 1, pero esta diferencia no deja de ser sutil e, incluso, banal en algunos casos, si juzgamos a través de las piezas conocidas de una y otra forma. Es precisamente la manera en que se realiza la unión entre este espacio y el torneado, así como la configuración que adopta este último, lo que determina la apariencia troncocónica de la Hisp. 1 y el aspecto ovoide y más redondeado de la 20.

lares mostraron algo de su propia personalidad. Nos referimos a la aptitud y, por qué no también, habilidad con que supieron duplicar esos y otros perfiles de vasos decorados, desarrollando a partir de ellos tipos lisos, tal y como vemos en las Hisp. 1 y 20, en la Hermet 13 y, de manera más esporádica, en otros casos ¹⁰³. Algo similar podría entreeverse en relación a la Hisp. 2, en la que acaso se plasme una variante lisa de un perfil que en lo sudgálico corresponde fundamentalmente a una forma decorada, la Dech. 67 ¹⁰⁴, pero, bien es verdad, hoy por hoy no hay suficientes datos que lo apoyen.

Con estos tipos moldeados cerramos la exposición de lo que no ha pretendido ser un análisis pormenorizado y exhaustivo de las formas de la sigillata hispánica, sino una reflexión sobre algunas de ellas o un intento de profundización en la búsqueda de algunos de sus precedentes o estímulos. Este análisis, centrado básicamente en los productos riojanos, no ha podido ser, en base a sus propósitos, muy sistemático, puesto que ha abordado aspectos parciales y diversificados, merecedores en unos casos de una mayor argumentación y en otros de una mera mención. Aun así, creemos que puede esbozarse un panorama que, dentro del marco actual de la investigación, quedaría expresado en los siguientes puntos:

1. En líneas generales la sigillata hispánica, y en concreto la riojana, evidencia en el terreno formal una fuerte dependencia sudgálica, dependencia que no sólo afecta a la producción inicial o temprana —Drag. 29, 30 o Hermet 13 en lo decorado, Ritt. 8, Drag. 15/17, 18, 24/25, 27 o 33 en lo liso—, sino que perdura también a lo largo de la época flavia —Drag. 37 en los tipos moldeados, servicios lisos Drag. 35/36, Drag. 46/Ludowici Tb y formas como las páteras con mango decorado—, y cuyos últimos estímulos se prolongarían hasta fines del siglo I o comienzos del siglo II —Drag. 44 y algunos de los tipos antes mencionados—, pasos que hemos avalado sólo con algunos de los perfiles más claros o expresivos, puesto que, como hemos visto a lo largo del texto, las influencias afectan también en mayor o menor grado a otras formas.

¹⁰³ Véase para las expresamente mencionadas MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra Sigillata...*, p. 70-73 y 80, láms. 20, 21-A y 25. Sin pretender señalar exhaustivamente las variantes lisas existentes de otros tipos decorados, podemos mencionar algunas en relación a las Drag. 29, 29/37, 37 (*Ibidem*, p. 83, lám. 26; IDEM, «Hallazgo de un taller...», p. 303-304) y Drag. 30 (SILVA CAEIRO, J. O. da, «Quatro peças inéditas de «sigillata hispánica», *Conimbriga*, XVI, 1977, p. 142-143 y fig. 3).

El taller de Andújar constituye, en este campo, un ejemplo rico en manifestaciones, puesto que, a la versión lisa de la Drag. 37 y 30 —esta última decorada a veces con barbotina—, añade además las de la 29, 29/37, 30 y 37 con ruedecilla (ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 42, 50-51 y 73-77, láms. 20, 22 y 31-32).

¹⁰⁴ DECHELETTE, J., *op. cit.*, I, p. 152 y lám. IV; OSWALD-PRYCE, *op. cit.*, p. 126-127, lám. XXI, núms. 8-13; HERMET, F., *op. cit.*, p. 145-147, láms. 4 y 90.

2. Los alfareros hispánicos demuestran también, por otro lado, un conocimiento y aprovechamiento de los recursos formales y decorativos desarrollados por otras industrias cerámicas o del vidrio, bien sea por iniciativa propia, bien sea de manera indirecta, tras haberlos incorporado otras producciones de sigillata y, en particular, la sudgálica. Este fenómeno puede entrecruzarse en el caso de las formas Hisp. 7 y 19, entre otras, en relación a la cerámica común, es evidente en el de la Hisp. 2 con respecto de las paredes finas¹⁰⁵ o en el de la Hisp. 48 en base al vidrio. Sin duda por vía indirecta, suponemos que a través de tipos rutenos en los dos casos, se configurarían la Drag. 39 y las páteras con mango decorado como una versión en material modesto de lujosos modelos metálicos.

3. Se aprecia, en otro sentido, el ocasional desarrollo de algún tipo que recuerda por medio de sus rasgos ciertas tradiciones indígenas recientes y todavía no olvidadas. El exponente más claro vendría dado por las copas con pie alto o pedestal, moldurado o no, que parecen tener su equivalente en Andújar con la forma Hisp. 59; desde luego, las relaciones con un perfil celtibérico, como el que entraña la copa de pie realzado, no pueden ser desdeñadas. A un poso indígena de límites más amplios, menos concretos, debe obedecer también la presencia de un asa diametral, unida a ciertos elementos del perfil, en la Hisp. 34¹⁰⁶ o sobre la boca de otro olpe decorado de Palencia¹⁰⁷, pero, sin duda, tampoco se cierra con estas piezas el eco matizado de las tradiciones indígenas.

4. Algo que parece peculiar de los talleres hispánicos, en general, es la notable tendencia que manifiestan sus alfareros a conformar variantes lisas a partir de tipos decorados. Necesario es reconocer que en ese terreno demostraron los fabricantes no poca habilidad, al proporcionar a esas formas una duplicidad que en principio no debieron poseer. Resultan expresivas al efecto la Hermet 13 o las Hisp. 1 y 20, en las que las variantes torneadas están bien documentadas numéricamente, pero atestiguan también el fenómeno las

¹⁰⁵ Hemos de anotar ahora que también la Hisp. 2 experimentó, aunque fuese de manera ocasional, la influencia de decoraciones del vidrio, adoptando circunstancialmente la ornamentación a base de facetas que ya conocemos sobre la Hisp. 48. Ilustran el fenómeno un ejemplar de Riotinto (MAYET, F., «Parois fines et céramique sigillée de Riotinto (Huelva)», *Habis*, 1, 1970, p. 164-166 y lám. XII, n.º 49) y dos piezas de Numancia, que hemos tenido ocasión de analizar en nuestra, ya citada, Tesis Doctoral sobre la sigillata del yacimiento. Este transvase, en una forma que experimentó sobre todo el ascendiente de las paredes finas, pudo verse favorecido por la existencia de algunos perfiles ovoides, más o menos afines, entre los productos del vidrio decorados con facetas (HAMELIN, P., *op. cit.*, lám. VII, C y lám. VIII, D).

¹⁰⁶ MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M.ª A., *Terra Sigillata...*, p. 84 y lám. 28.

¹⁰⁷ LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R., *op. cit.*, p. 215-218 y lám. VII, n.º 40. En el análisis de esta pieza, asimilada a la Hisp. 34, se señalan abundantes precedentes indígenas de la misma, tanto celtibéricos como ibéricos, así como paralelos en la cerámica «tipo Clunia», por lo que, no creyendo necesario extendernos en ese punto, remitimos a su estudio.

versiones lisas que de manera ocasional se realizaron de las Drag. 29, 30 y 37¹⁰⁸.

5. Puede calificarse también de notable la capacidad de que hicieron gala los ceramistas peninsulares a la hora de desarrollar, transformar y casi recrear formas en base a estímulos dados, en buena parte de origen rutenio. Ahí las muestras son muchas, variadas y aún diversificadas según los talleres, por lo que cada caso requeriría una atención particular. Pensemos, con todo y a modo de ejemplo, en el peculiar perfil que adquiere en lo hispánico el tipo híbrido 29/37, en las derivaciones, hoy por hoy bastante originales, que entrañan la Hisp. 40 y la 37 almendrada con respecto de las Drag. 29 y 37 o en la singular consecución de los perfiles de jarras que adquieren la Hisp. 1 y la 20. Y en la producción lisa la enumeración sería todavía más amplia, puesto que, si ya es peculiar la adaptación de la Drag. 46, de la Ludowici Tb o de la Drag. 44, que no decir de aquellas de las Hisp. 10 y 59 o de las variadas plasmaciones de jarras, olpes o botellas y, aún más, de la configuración de ese curioso plato o fuente que representa la Hisp. 4. De lo múltiple y, todavía, rico de estas manifestaciones pueden dar fe, de hecho, las no escasas variantes formales o, incluso, los nuevos tipos detectados en Andújar tras pocos años de excavación en el taller¹⁰⁹. Qué duda cabe de que esta labor en los alfares de La Rioja puede deparar también no pocas novedades o sorpresas.

No obstante, podría decirse, para finalizar, que la industria de sigillata hispánica apenas se significó, en líneas generales y en base a lo que conocemos hoy, por su aportación en la línea de la innovación formal, es decir, por la creación de nuevos tipos. Ahora, eso sí, sus ceramistas demostraron una considerable habilidad para desarrollar los perfiles heredados o tomados de otras industrias, adaptándolos y transformándolos con un sello propio, así como una notable permeabilidad con respecto de otros productos cerámicos o del vidrio, de los que adoptaron hábilmente los elementos que podían serles útiles o rentables. Los alfareros peninsulares, y en concreto los riojanos, ya que nos hemos centrado sobre todo en su actividad, debieron de ser, sin duda, buenos artesanos, conocedores de su oficio, capaces de absorber los estímulos formales que les eran dados y poseedores de los resortes necesarios para aplicarlos con una manera peculiar de hacer. Si en el terreno de la creación formal no hicieron gala de especiales dotes imaginativas o innovadoras, supieron en cambio mantener su producción en un digno nivel medio, mostrándose receptivos al mundo de su entorno y sabiendo aunar en sus artículos la variedad y el criterio funcional sin demasiado esfuerzo.

¹⁰⁸ Véase al respecto la nota 103.

¹⁰⁹ ROCA ROUMENS, M., *Sigillata hispánica...*, p. 73-88 y láms. 31-34, además de lo ya anotado para Andújar en la nota 103.